



El Motín



Año XXXI.

Madrid, Jueves 7 de Diciembre de 1911.

Núm. 46.

A los que no quieren entender

Ni admito los elogios que algunos me dirigen por mi artículo *Tristezas é Indignaciones*, ni me preocupan las censuras que otros me lanzan.

Creí que debía escribirlo en bien del partido republicano, y del propio Lerroux, y lo escribí, contando de antemano con esas censuras y esos elogios.

Y lo he escrito precisamente ahora, época en que las suscripciones de *El Motín* se renuevan, para que el lector á quien no agradase lo que dijera, dejase de renovar la suscripción.

No pienso emprender una campaña contra Lerroux, de quien todavía espero algo grande, como he dicho. Y eso que pudiera hacerlo cual ninguno. Y, él lo sabe.

Y para no caer ni en la tentación de contestar á algo molesto que seguramente me dirán sus partidarios, dejaré de leer durante ocho días sus periódicos. No busco polémica, ni quiero sumarme con los que le atacan en cierta forma. De quererlo, habríalo hecho hace tiempo.

Tampoco pretendo inutilizar á Lerroux para la política republicana: sería trabajar contra ella. A lo único que aspiro, es á que no se repitan vergüenzas como la de las últimas elecciones: luchar republicanos contra republicanos, facilitando así el triunfo á los monárquicos. Y por esto he llamado la atención al principal culpable de que eso haya ocurrido.

Y entrando en otro orden de ideas más pequeñas.

Ya sé que perjudico económicamente al periódico; pero iba yo, que nunca me detuve ante consideraciones de esta índole, á callar ahora lo que creía necesario decir en bien del partido? Hubiera quedado descontento de mí.

«Para hacer yo lo que debo, sólo á lo que debo miro.»

Esta fué siempre mi norma de conducta, que he visto justificada y aplaudida el año 1907 en el mismo periódico de Lerroux, *El Progreso* de Barcelona, donde se publicó este artículo:

Enseñanzas del pasado

Tenía razón Nakens

Me envanece el honor de ser amigo particular y entrañable de Nakens desde hará cosa de unos treinta años, hacia 1878, en cuya fecha intervinimos,

cada uno por su parte, en cierto asunto privado.

Ya le admiraba yo, entonces un jovenzuelo, y asiduamente lo leía; su obra toda me era conocida y me entusiasmaba. Nuestra amistad firme, afectuosa, como de padre á hijo, no se ha turbado desde entonces un momento. Si algo podemos haber discrepado en ideas, seguramente será tan poco, que ninguno de los dos acertáramos á puntualizarlo.

He tenido en Nakens un constante y decidido panegirista eminentemente sincero. Mi carencia absoluta de ese vicio católico llamado modestia, me obliga á reconocer que Nakens me alababa con justicia, ¡bonito es él para prodigar elogios inmerecidos, no digo á mí, sino á los más fuertes, poderosos y grandes! Con justicia repito, puesto que él en su conciencia me estimaba digno de su amistad y dotado de las prendas que, al hablar de mí, encomiaba. Una debilidad, pues parece que mis defectos le hacían gracia también, exactamente como á mí los suyos.

Por mi parte, he sido un ingrato; he alabado á Nakens muy poco, por razón de juzgarlo innecesario. Lo elogiaba sobradamente su conducta clara y traslucida, su misma personalidad de tanto relieve que los necios tan sólo podrían no apreciarla en su valor. ¡De valiente cosa, pues, le habrían servido á Nakens mis buenas ausencias! Tanto habría valido salir yo por ahí proclamando el valor de los brillantes ó del oro.

No conozco nada más necio que las alabanzas del hombre á Dios, si cree que existe; lo que los teólogos llaman «la gloria de Dios» que, si lo hay, es él mismo toda la gloria posible, que nada necesita, nada puede perder ni recibir, y los que en su existencia creen, necesariamente han de reconocer lo inconcuso é indiscutible de sus perfecciones.

Supondrá el lector que no comparo á Nakens con Dios, como los luises de la mayoría á Maura; pero es un decir, en excusa de mi cortedad en el elogio de quien mucho me lo prodigaba.

Mas si innecesarios laudes no lancé al viento, defensas de su proceder político sí que las hice miles de veces allí donde lo discutieron, yo presente; y buenas filípicas me ha oostado de republicanos inocentes, ó superficiales, ó borregunos, más dados que los católicos mismos á la antropología ó adoración de ídolos que comen y beben.

Nakens ha hecho una labor constante y rectilínea que le ha proporcionado por muchos años más censuras, oposiciones, enemistades y disgustos que otra cosa. Nakens ha sido comprendido por pocos y maltratado por muchos. Naturalmente, no decía más que la verdad seca; en eso permítame que le compare con Cristo, ya que no con Dios.

Toda la obra de Nakens puede sintetizarse en esta proposición: «La libertad no tiene otro enemigo que la Iglesia católica; el que de uno ú otro modo esté al lado de la Iglesia, ó con ella simpático, ó en algo la favorezca, es reo de lesa libertad y de lesa patria».

Una obsesión de anticlericalismo jacobino, burdo é impolítico llamaban á este sentir muchos sabios de los que en el republicanismo han sido y como le vemos lo han puesto: apuntar certero al blanco estimábamos que era unos pocos... relativamente; yo entre ellos.

«Ese hombre hace una labor negativa, gritaban los idólatras del fetiche jefe; para él no hay nada ni nada respetable. Su pluma es una piqueta, derriba ideas, cosas, hombres é instituciones, pero no edifica; niega, y no afirma; pretende quitar de en medio grandes figuras, pero no las sustituye. ¿Qué republicano le gusta? Ninguno. Pi es un disolvente de la nacionalidad y un obstáculo tenaz y voluntario contra la revolución; Castelar un vendido á la monarquía y á la Iglesia; Salmerón un perturbador inquieto, cobarde, tortuoso y en el fondo reaccionario, un poco visionario también; Zorrilla un incapaz que no quiere la República, si no es él quien la trae; Esquerdo está bien, según Nakens, curando á sus alumnos de Carabanchel; las figuras de segunda fila todas le parecen borrosas, insinceras, tontas, lacayunas. ¿Qué quiere ese hombre? ¿A dónde cree que va ó se puede ir por ese camino?»

Hubo muchos que dijeron: «El verdadero vendido á la monarquía es Nakens, pues destruyendo todas las personalidades que podrían ser caudillos, infunde el desaliento en la masa republicana é imposibilita la cohesión, la interior satisfacción indispensable para ir unidos á la revolución; de tanto proclamarla entre negaciones depresivas, la hace imposible. Eso es erigirse en un Aristarco, empeñado en vivir fuera de la realidad; un Diógenes en busca de un hombre cual no puede existir y de un partido de ángeles; un católico vuelto del revés, cuyo fanatismo anticlerical asusta á las clases conservadoras, sin cuyo concurso la República será imposible.»

Los que menos, decían: «Es un inocente; no está subvencionado por la monarquía; ¡ah, no! le conozco demasiado para creerlo capaz de eso; pero le resulta su labor tan contraproducente, que la monarquía tiene en él su más valioso auxiliar.»

Estas voces de la tontería española tradicional, frívola, vulgarota, inconsciente, que actuando de Maquiavelo es más grosera que el corcho, eran inspiradas hábilmente desde los centros de los diversos jefes, léase explotadores, del republicanismo, que miraban á Na-

kens aterrorizados, viendo en él el mismo peligro para sus intereses.

Nakens había adivinado la existencia de un oficio muy socorrido: el de jefe republicano de su majestad y de su santidad, muy bien retribuido, aunque fuera de nómina. Vefa perfectamente el alto puesto de *segundo jefe del Estado*, ó sea el jefe del republicanismo, cuya misión es irlo entreteniendo para que no haga nada práctico, y en tanto el jefe goza de todas las preeminencias de un presidente de Estado sin los riesgos ni las responsabilidades de serlo ostensiblemente.

Nakens concebía las luchas, que *haciendo oposiciones* á esa prebenda ocupada por Castelar, realizaban algunos sujetos. Estaba convencido de que Pi no quería la vuelta de la República mientras él viviese, porque estimaba que el pueblo no estaba preparado, y por eso iba frustrando con tranquilas y logomaquias, como aquella del pacto sinalegmático (nadie sabía lo que significaba este adjetivo), todos los intentos de unión revolucionaria. Sabía que Castelar era clerical y había abjurado sus errores liberales en manos del mismo León XIII, que le absolvió de ellos; todo el plan infame de la restauración católica para concluir con la libertad en aras de un absolutismo bestial, le era conocido y lo adivinaba en su clara y potente inteligencia.

El pensamiento de Cánovas era este: «Los políticos de oficio no pueden vivir sin el presupuesto. Juntos, darían al traste con la restauración. Cojámosles separadamente, hagámosles ver que la monarquía se afirma, que si se cae sobreviene la ruina espantosa y sangrienta de España, y entre tanto, ellos ¿qué van á comer? Sean buenos chicos y comamos todos.» Y así adquirió á los carlistas que no estaban en el secreto, á los republicanos, á los integristas, á todo el mundo; y todo el mundo fué aceptando su correspondiente papel; éste, el de carlista furioso; el otro, el de mestizo; el de más allá, el de integrista; el de acá, el de federal á todo trance, ó la federal ó nada (y es claro, vería la nada, es decir, la restauración); el de la izquierda era posibilista; el del centro era demócrata que contemporizaba; y todos eran... sencillamente fautores de la división que la monarquía necesitaba para vivir y la Iglesia para vencer.

Aunque el pensamiento no era muy vasto que digamos, excedía la capacidad de la masa, y por eso Nakens le pareció á ésta un visionario. «¡Castelar clerical! ¡Salmerón casi absolutista! ¡Demófilo semijesuita! ¡Qué locura! Pero el tiempo ha probado la exactitud del juicio de Nakens. ¿Qué culpa tenía él de la verdad?

Esto decía yo siempre al defenderlo: «Señores: Nakens usa la piqueta, porque no se puede edificar sobre una casa vieja sin derribarla primero y luego cavar cimientos. Nakens no quiere hombres inmaculados y angelicos, pero sí revolucionarios. ¿Qué culpa le cabe en que no lo sean los que deben? Ustedes reconocen que en algo tiene razón, pero que su obligación es callar. Y yo les pregunto: ¿Qué es me-

jor? ¿Ocultarle á España la verdad, siguiendo el sistema de la ficción, que es propio de clericales y reaccionarios, engañándola para que siga adorando ídolos de barro, ó decirle toda esa verdad? Si ustedes fueran soldados y llegaran á creer que un general era inepto al extremo de disponerse á perder una división, ó estaba verdido al enemigo, ¿qué creerían más procedente? ¿Contribuir á afirmarlo en el mando, ó dar el alerta al ejército.»

Y á este dilema interrogatorio nadie me ha contestado categóricamente. Los más honrados me han dicho entre vacilaciones: «No sé, no sé; indudablemente, si Nakens cree en lo que sostiene, obra rectamente; pero si se equivoca... no sé, no sé...»

Y no se equivocaba. Pi no hizo más que oponer obstáculos á una revolución. Zorrilla, siendo honrado también, pues Pi lo era como pocos, por sus torpezas y errores, por un poco de orgullo y un mucho de esguera, no supo conocer á todos los traidores, fué verdido y al fin su obra resultó nociva. Castelar, no hay manera de dudar que se había entregado á la monarquía y á la Iglesia. Salmerón ahí está la Solidaridad, ahí sus actos desde 1905 para juzgarle; y así todos cuantos Nakens señalara con el dedo. De los falsos canalistas que él denunció como ganados por la reacción y el jesuitismo, que responda el Instituto de Reformas Sociales.

Nakens tenía razón; su obra era sincera, leal, clarividente, justa y honrada. Un poco tarde es, pero ahora se empieza á hacerle justicia, una exigua justicia nada más; ¡á buena hora! Una justicia como la forzada que le hizo la posteridad á aquel desconocido que gritaba en Jerusalén: «¡Ay de la ciudad! ¡Ay del sacerdocio! ¡Ay del Templo! ¡Ay del pueblo! Le creían loco y sólo él poseía y decía la verdad.

Ahora, cuando la Iglesia es la verdadera monarquía en España, el papa el rey de hecho, el jesuitismo llena todas las regiones oficiales, la nación entera es un convento tenebroso, las libertades mueren, la Inquisición llama á la puerta, los obispos son los príncipes y los ignacianos los gobernantes, la prensa agoniza, la tribuna está amenazada como el sufragio, como el Municipio, como todo, ahora vemos si Nakens estaba en lo cierto: la obra del clérigo, que se creía un imposible, está casi consumada.

¿Qué hacen ahora los republicanos que él acusaba? Estar al lado de esa reacción jesuítica que todos creyeron un sueño de Nakens y es un hecho: á su lado y defendiéndola. Castelar al menos, tenía una excusa aparente; la monarquía le aceptó el sufragio y cierta sombra de matrimonio civil; con eso el pobre é infantil degenerado se daba por satisfecho; pero ¿éstos? ¿Qué han evitado? ¿Qué aire de libertad introdujeron? Han sido los remachadores del clavo de la reacción sobre el cuerpo de la pobre España.

Tenía razón Nakens.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Descartando la exageración en el elogio por la amistad que el autor de ese artículo me profesa, siempre resultará

que mi criterio no ha variado en nada; que la síntesis de toda mi labor política fué desde el principio esta: combatir el clericalismo y facilitar la unión de los republicanos, apelando á todos los medios; y que jamás enderecé á mi provecho los triunfos que conseguí, ni me detuve ante la pérdida de simpatías ni de intereses que esta manera de obrar me trajo.

Y este hecho innegable, que muy pocos republicanos de renombre pueden exhibir en su hoja de servicios, me compensa con exceso de todas las injusticias que se cometen conmigo cuando llega un caso de estos.

Hace tiempo que parte de la prensa republicana de fracción viene agotando el repertorio de las palabras y las frases mortificantes y deprimentes para arrojarlas á la cabeza de Lerroux. Nunca le hice coro. Creía, como sigo creyendo, que puede prestar aún grandes servicios, y ante esto me importó poco lo demás.

Para mí, la única falta imperdonable en un republicano que puede hacer algo, es no hacer nada. Todo lo demás, aun siendo censurable, es secundario.

Y si alguien me advirtiera que debía callar lo que he dicho, porque los enemigos no se regocijasen, recordár dome de paso lo de que la ropa sucia se lava en casa, le contestaría:

«Nadie como yo practico y practica esa máxima antihigiénica. ¡Sin suciedades que ocultol! Pero no soy yo quien exhibe la ropa sucia del partido: son ellos; los mismos que la ensucian.

Y respecto al regocijo de los enemigos, ¿quién podría darle otro mayor que el de vernos divididos en grupos, tirándonos al degüello en la prensa, en los mítins, en las elecciones, condenando los movimientos que el pueblo prepara aislado, y exponiéndonos á ir á la cárcel por impedir que nos arrebatasen unos votos?»

Si hay quien crea que no es cierto esto que digo, que me lo diga, y diré algo más en otro número.

JOSÉ NAKENS

Humorismo anticlerical

Ya estamos con lo de siempre.

Cuando dirijo cualquier censura á los unos, soy para los otros el maestro, el ilustre, el eximio, el ecuaníme, el consecuente, la autoridad indiscutible, y qué sé yo cuántas cosas más.

Y todo eso soy para los otros, cuando dirijo alguna censura á los unos.

Y, como es consiguiente, soy por turno, para los unos y para los otros, el indisciplinado perpetuo, el perturbador impenitente, el que derriba y no edifica, el apasionado, el único culpable de que la República no haya venido.

Dígoles á ustedes que es divertido

esto. Gracias á que estoy ya acostumbrado.

Día va á llegar, lo voy sospechando, en que yo imite al loco de Cervantes, después que le dió aquella tremenda paliza el amo del perro podenco sobre el que dejó caer la piedra. Y ocurrirá esto:

Que veré un perro (digo, un jefe); cogeré la piedra (digo, la pluma); la levantaré en alto (digo, la enstraré); y al irla á soltar sobre el perro (digo, al irla á esgrimir contra el jefe), me quedaré perplejo y acabaré por decir: ¡guarda, que es podenco! (digo, guarda, que es jefe); y me convertiré en el tonto (iba á decir en el loco, mas no es este momento de vanidades mundanas) en el tonto más incensivo que vieron los nacidos y los por nacer.

Bien mirado y visto á través de la filosofía de *Demócrito*, todo esto sería sumamente divertido, si no produjera este resultado:

Que España está peor cada día, porque los de arriba se enriquecen, los de enmedio se arruinan, muchos de los de abajo emigran, y los que aquí se quedan andan desorientados buscando un hombre, hasta ahora con la misma desgracia que el filósofo del tonel.

Un correligionario, que se dice admirador de mis campañas, me aconseja que me una á la tendencia republicana que más me agrade, la ayude aceptando todas las responsabilidades, y quizás de este modo tenga el gusto de morir en República; añadiendo que lo demás es criticar desde la barrera.

Mal puedo unirme á lo que no existe. En el partido republicano hace tiempo que no hay tendencias definidas: ya demostré hace dos números que los tenidos por revolucionarios actúan á lo mejor de conservadores; y al revés: los conservadores de revolucionarios.

Mas suponiendo que las hubiera, y que yo me inclinase á una, vendría á estar casi en la misma situación que hoy: á partir un piñón con aquellos á quien me hubiese unido, y á matar con todos los otros.

Lo de aceptar las responsabilidades, me tendría sin cuidado; aquí á nadie se le exigen. Si así no fuera, ¿habría quedado ya ni un jefe republicano con prestigio ni un monárquico con cabeza? Si no por lo que hacen, habría que haber jubilado á todos por lo que han dejado de hacer.

Lo de criticar desde la barrera, merece párrafo aparte.

Habría que negar competencia á todos los críticos que no ejecutaran á la perfección obras como las que juzgan, lo mismo en pintura, que en escultura, que en música, que en otro arte cualquiera; y ya en tan buen camino, prohibir á los tocólogos intervenir en los partos, porque nunca pasaron por ese trance.

Y si alguno me objetara que el caso

no ese, si no el de un torero que critica á los demás desde la barrera, yo le contestaría:

—No es verdad: yo nunca me he contratado de jefe para torear en fracción ninguna: no soy más que un constante abonado á barrera, que ha visto muchos lidiadores políticos y tiene el mismo derecho que todos los aficionados á dar su opinión. Otra cosa sería si alguna vez hubiera toreado, y tratase de menear la fama de otros lidiadores para que me contratasen á mí; entonces sí que habría derecho á exigirme que me expusiera á recibir las cornadas (responsabilidades) á que se exponen los que se lanzan al redondel en busca de fama ó pesetas; pero mientras no...

Mientras no, hay que resignarse á sufrir la crítica de los que, como yo, entienden algo del toreo político, y ven que los primeros espadas se escupen de la suerte con traestria unas veces, sucamente otras, sin perjuicio de poner telegramas en que se afirma que son unos estupendos toreros.

Alguien me dice que yo tengo la culpa de que los republicanos no coparan todas las concejalías en Madrid, por haberse burlado de la labor de los concejales.

Esa es una adulación indecente. Yo carezco por completo de influencia en el partido.

Y lo prueba, el que toda mi vida vengo tronando contra los programas y las jefaturas, y cada vez hay más jefaturas y más programas.

¡Y cuidadito con tocar á un jefe! Se pelean hasta con su sombra los partidarios suyos.

Que la República venga ó no venga, es lo de menos. Aquí lo único que hay que conservar son los programas y las jefaturas, padres y madres de las diputaciones y las concejalías. El dogma es inmutable y el Papa infalible.

Y que emigre á América ó al cementerio el que opine lo contrario.

¡Y viva la República!

Hay muchos que ingresan en los partidos avanzados, no para *ser algo*, si no para *ser alguien*.

Y me parece muy bien. Si en los partidos monárquicos sólo hubiera logrado cada cual ser uno de tantos, y aquí, con cuatro desplantes revolucionarios en un mitín, ó con anunciar á son de trompeta el festín de niños crudos que va á propinarse la semana próxima, se ve convertidos de la noche á la mañana en personaje indiscutible, necio sería si vacilara ni un segundo en la elección.

El *ser alguien*, aunque sea por chiripa, es el mejor camino para llegar á *ser algo*, mejor dicho, para *serlo todo* en ese país donde se toman por cualidades excepcionales la osadía, la desaprensión y la desvergüenza.

¡¡Ya era tiempo!!!

Como á todo clerical le llega su San Martín, así le llegó á EL MOTÍN su merecido legal.

¡Sí, ya era tiempo!... Yo mismo lo reconozco. Eran ya muchos *treinta y un años* de exhibiciones escandalosas de caricaturas inmorales, en que figuraban obispos, curas, frailes, monjas y hermanas de la caridad, y no precisamente en ejercicios de su sagrado ministerio: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, consolar al triste, si no en otros completamente contrarios.

Si los jueces me hubieran multado al comenzar á publicarlas, habría yo hecho lo que hoy hago: suprimirlas. Pero como no las denunciaban, llegué á creer que no eran pecaminosas: pensar lo contrario hubiera sido ofender á los jueces. O remisos en el cumplimiento de su deber, ó cómplices de mi falta; este era el dilema: no había escapatoria.

Pero, en fin, ya está remedado todo, gracias á que el más alto tribunal de la nación ha tenido á bien declarar que el gerente del Banco de León XIII, D. Luis Ponce de León, miembro de la *Defensa Social*, y de paso juez del distrito del Hospicio, tuvo razón al multar las dos caricaturas denunciadas por un compañero suyo de la *Defensa Social*, elegido para tan honroso cargo por la Junta de letrados de la *Defensa Social*, en el año de gracia de 1911, siendo jefe del Gobierno de la nación española el demócrata D. Jose Canalejas.....

Y ahora que, por decírmelo esa sentencia, no puedo dudar ya de que falté á la moral publicando esas caricaturas, me confieso y proclamo por uno de los hombres más inmorales que han existido en estos tiempos de padres Flaminios, padres Busquet, padres Román, y demás padres acusados de inmoralidades, algunas de gran calibre, de aquellas que en lo antiguo hacían llover fuego del cielo sobre las ciudades nefandas; ¡porque cuidado si he exhibido caricaturas inmorales en los treinta y un años susodichos!

Repasaré á la ligera la colección de EL MOTÍN cuando esté de vagar, y apuntaré algunas de las más escandalosas, para que se vea hasta qué extremo me condujo la falsa creencia de que no faltaba á ninguna ley escrita.....

En adelante, y á menos que algún otro falso razonamiento no venga á destruir mi actual propósito de no incurrir nuevamente en faltas de esa índole, continuaré exhibiendo al público láminas en que se patentice el celo con que la Iglesia veló siempre por conservar incólumes los tesoros de la fe.

Y si consigo que no haya ciudad, villa, aldea ni caserío en España á donde no llegue siquiera una lámina de esas, para atestiguar, aunque sea pega-

da á la pared, que la persecución convence, el tormento fortalece y la hoguera purifica las almas, me creeré pagado de todos los desvelos que me cueste enderezar los pasos de mis compatriotas hacia la Jerusalén terrenal.

Y de este modo, los sacerdotes de la religión dedicados á salvar sus almas, y yo consagrado á redimir sus cuerpos, cumpliremos todos con nuestra misión en este misero valle de lágrimas.

De hoy en adelante, dará gusto pararse ante los kioscos y puestos de periódicos donde antes se exhibían cínicamente las inmorales caricaturas de EL MOTÍN, y ver que han sido sustituidas por láminas sencillas, que gritan con la elocuencia de la verdad histórica: «¡Transeunte! Detén el paso, y párate un momento á contemplar la bondad, la dulzura y el amor con que nuestra Santa Madre Iglesia ha procurado siempre empujar las almas hacia la Jerusalén celestial!»

¡¡¡YA ERA TIEMPO!!!

Agradecido, mas no aceptado

En el número del domingo, publicó esto *El Liberal*:

En favor de Nakens

El Tribunal Supremo ha confirmado la sentencia del juez de instrucción del distrito del Hospicio, condenando á Nakens por la publicación de unas caricaturas en EL MOTÍN.

Con ese motivo, varios amigos y admiradores del ilustre batallador nos han escrito una carta, rogándonos que hagamos público su deseo de iniciar una suscripción popular para sufragar los gastos que ocasione la referida sentencia y las que en lo sucesivo se impongan á Nakens por artículos ó caricaturas que se publiquen en su periódico.

Uno de nuestros comunicantes, el señor Roca, nos manifiesta que si se inicia la suscripción, él contribuirá con cinco pesetas.

Y en el lunes dijo *El País*:

En favor de Nakens

Relatamos el otro día el caso. A instancias de la Defensa Social, Nakens ha sido condenado en el Juzgado municipal á una multa, sentencia que al ser aprobada en primera instancia y en el Supremo ha sido agravada con las costas, pérdida de fianza, etc., etc.

Para remediar estos perjuicios, dice ayer nuestro querido colega *El Liberal* lo siguiente:

(Aquí lo de *El Liberal*).

Aplaudimos y aceptamos la idea, no sólo por redundar en beneficio de un amigo, al que admiramos y queremos, sino por favorecer las ideas anticlericales, que es en el sentido en que la aceptará el Sr. Nakens.

No hay que acoquinarse. ¿Redobla sus ataques el enemigo? Pues ayudemos al caído, al preso, al multado, al condenado, y acrecentemos nuestros

bríos, no para la defensa, sino para el ataque».

Agradezco las frases de alabanza de ambos periódicos, mas rechazo la idea de la suscripción.

Mientras me quede un libro que malvender, no consentiré que en favor mío se distraiga un céntimo de lo que debiera reunirse para los presos, emigrados y caídos del partido.

Si un día me veo obligado para seguir luchando á pedir ayuda, lo haré con la frente muy alta y teniéndolo á mucha honra. No es, por tanto, un necio orgullo el que me impide rechazarla ahora.

Hago extensivas las gracias que doy á *El Liberal* y á *El País*, á cuantos pensaren secundar la iniciativa y me ofrezcan de todos affmo. amigo.

La lámina de hoy

En 1022 descubrióse en Orleans la existencia de una secta de maniqueos, herejía que se introdujo en Francia por una mujer procedente de Italia, y en la que incurrieron los sacerdotes más ortodoxos y de más saber, entre ellos Lisois, el más distinguido de los religiosos de Santa Cruz, y Esteban, escolar de San Pedro y confesor que había sido de la reina Constanza, ambos muy queridos del rey Roberto y de los oficiales de palacio.

Tuvieron la debilidad de comunicar sus ideas al P. Heriberto, quien las comunicó á un señor normando llamado Arefat, éste al duque Ricardo de Normandía, y éste al rey Roberto; convinieron entre todos y el obispo de Chartres que Arefat se fingiese de los suyos para expiarlos y enterarse bien de las doctrinas que profesaban; Esteban y Lisois cayeron en el lazo, y á poco se vieron encerrados en los calabozos, y sentenciados poco después á ser quemados vivos.

El día que iba á cumplirse la sentencia, el rey, la reina y la corte se colocaron en los pórticos del palacio para ver desfilar la lúgubre procesión.

Los condenados eran catorce, entre ellos una mujer y seis canónigos, y marchaban unos tras otros entonando cánticos con fervoroso acento.

Al pasar delante de los reyes, la reina Constanza se adelantó hacia Esteban, su antiguo confesor, levantó el bastón que habitualmente usaba, y descargóle en la cabeza tan terrible golpe, que le vació un ojo.

Siguieron los condenados hasta el lugar del suplicio, fueron los catorce amarrados á las estacas, en torno de las cuales estaba amontonada la leña.

En cuanto las llamas comenzaron á prender en sus carnes, aquellos desventurados exhalaban lamentos desgarradores y dieron gritos espantosos; algunos pedían por piedad que los librasen del fuego y abjurarían; otros, como Lisois y Esteban miraban al cielo y parecían

sordos á las exhortaciones de los sacerdotes.

Muchos espectadores, conmovidos ante tan terrible espectáculo, intentaron salvarlos, pero fué inútil; cuando pudo extinguirse el fuego, todas las víctimas de la intolerancia religiosa habían dejado de existir.....

Las hogueras de Orleans se reprodujeron en Tolosa y otros puntos de Francia, y fueron, según un historiador, «la apertura de la era sangrienta de las persecuciones y exterminios por causas religiosas.»

Revolución y violencia

A mí, ciudadano español, me parecen detestables las leyes; detestables las instituciones; detestable el régimen social, de arriba á abajo, desde su más honda raíz hasta su cúspide, y detestables aun las cosas que son tenidas por bienes indiscutibles, como la beneficencia, la instrucción pública, etc.

Pienso que no vivimos como hombres civilizados, sino como caníbales; que el mal y el dolor son la esencia de nuestras sociedades; que la libertad es, hasta para el poderoso, una insignie superchería; que las nobles cualidades del individuo, en vez de ser un bien para él y sus allegados, son un daño positivo é inmediato, puesto que lo desarman en esta lucha de fieras.

Busca mi pobre entendimiento la causa radical de tanta barbarie, de tanta tiranía, de tanto oprobio, de tanta opresión, y la encuentra en la forma de la propiedad, de la que han hablado, Sr. Canalejas, Castelar y Salmerón. Y entonces considero no ya que ejerzo un derecho, sino que cumplo un deber sagrado combatiendo tanto mal y tanta miseria, y agrupando gentes para combatirlos, y extendiendo sin tregua mis ideas.

Nadie dudará, en vista de lo dicho, que soy profundamente revolucionario, puesto que voy directamente, sin eufemismos, ni tapujos, ni atenuaciones á subvertir todo un sistema social íntegro, y á subvertirle en sus cimientos «seculares», «tradicionales», «sagrados».

¿Qué medios empleo? Los que puedo. Cuando está en mi mano elegir, como la violencia me repugna, adopto procedimientos pacíficos, y á ello me obligan también dos consideraciones de gran peso, decisivas:

1.ª Que el sistema social objeto de mis ansias y de mi acción aún no es viable.

2.ª Que yo y cuantos como yo pienso, no somos lo bastante poderosos para derribar ni para edificar de otro modo que parcelariamente.

Así, sin renunciar ni á un átomo de mis ideales, ni á una partícula de mis aversiones, ya operando directamente contra la categoría social de propietarios, ya en el terreno político, procuro cada día disminuir los dolores de los más oprimidos, y con mi palabra, si soy orador, y con mi pluma, si soy escritor, y hablando con mis conciudadanos si no soy ni una cosa ni otra, trato en to

do momento, sin descanso, de quebrantar el régimen vigente, convencido de que hay que demolerle sin piedad, y trato asimismo de atenuar en lo posible sus rigores.

Y como no me está vedado soñar, ni hay poder alguno que pueda vedármelo, sueño con que la revolución hondísima, total, que á mí me parece la salvación de la humanidad por la instauración de la civilización verdadera, debe realizarse sin violencia alguna, sin que caiga una gota de sangre, ni brille la chispa de un incendio, ni suene el estampido de un fusil.

Y abro la historia y veo que revolución y violencia no son voces sinónimas. Nuestra revolución del 54 no cambió esencia alguna; no fué por tanto sino una violencia. Por el contrario, el Brasil dejó de ser Imperio para convertirse en República sin que hubiera violencia, y aquí sí que hubo revolución.

Abro la historia, y no veo la revolución en el 14 de Julio de 1789, con todas sus violencias, sino en la noche del 4 de Agosto, sin violencia alguna. No veo tampoco la revolución en la rebelión de La Granja; sí la veo en las leyes desamortizadoras y reductoras del clericalismo que pacíficamente promulgará el grande, el colosal Mendizábal, cada vez más grande, no sólo por lo que crece su figura, sino por lo que empuñan sus herederos en el poder.

Cristo inerme, me parece más revolucionario que el Bautista capitaneando turbas en las orillas del Jordán; Marx, que no disparó un tiro en su vida, más revolucionario que el glorioso Garibaldi; nuestro Pi y Margall infinitamente más revolucionario que el casi olvidado Becerra de las barricadas...

Confundir la revolución con la violencia es un puro absurdo, ó un sofisma, si con la confusión de estos términos se quiere cohonestar demasías del Poder público, atentados contra las libertades y los derechos vigentes.

Si yo empleo ó propago la violencia, la autoridad puede castigarme, y aun debe hacerlo, en cumplimiento de los principios que informan las leyes; si yo predico y aun practico la revolución en el sentido que queda expuesto, legalmente no sólo no puede cohibirse en este derecho, sino que el Estado debe defenderme contra los que pretendan coartarlo.

¿Cómo practico la revolución? Pues luchando cada día porque las leyes y los impuestos vayan contra la propiedad y lográndolo en la legislación protectora del trabajo, con la asistencia social, con la iniciación de impuestos, no sobre lo que se gana sino sobre lo que se posee; luchando contra los propietarios y aumentando el jornal con que pagan mi fuerza de trabajo y disminuyendo las horas en que pueden emplearla; luchando contra la resignación y los prejuicios de mis conciudadanos, y logrando ganarlos para el descontento y el examen...

En Rusia, en los países de gobierno feudal ó absoluto, donde no hay ciudadanos, sino vasallos ó subditos, mis ideas y conducta serían ilegales; en España no lo son, y si por ellas se me persigue, se comete un atropello monstruoso, una ilegalidad inconcebible.

J. J. MORATO

DOS POLITICAS

Llamemos, pues, al arte de gobernar mediante la violencia, tiranía; y al arte de gobernar voluntariamente animales bipedos que se prestan á ello con gusto, política; y proclamemos que el que posee este arte es el verdadero político y el verdadero gobernante.

Platón.—«El político».

Ya lo sabemos, y no es preciso que nos lo repitáis una vez más. Ya sabemos que el mantenimiento del orden es un deber común á todos los partidos, una necesidad de todos los gobiernos. El orden público no es liberal ni conservador.

Ya lo sabemos. No hace falta que, como excusa para vuestros actos, nos lo recordéis vosotros, políticos liberales... Mejor dicho: exliberales, porque ya no lo sois... Mejor dicho todavía: pseudo-liberales, porque nunca lo fuisteis de corazón...

¿Queréis que os concedamos más? Pues bien: el orden público no es monárquico ni republicano. Si en España existiera la República, tendría que mantener el orden con la misma energía con que los gobiernos monárquicos han de mantenerlo.

¿Queréis que diga que aquélla debería asegurarlo con energía aún mayor? Pues ya está dicho. No os canséis en recordarme el famoso texto de Martos. Ahí copio el párrafo al pie de la letra, que no conviene que nadie lo olvide: «Yo—señores—entiendo que así como la primera necesidad de las monarquías en estos tiempos es la libertad, del mismo modo el orden es la primera necesidad de las Repúblicas».

Mas no creáis que eso os disculpa, no. No creáis que eso justifica el bloque de las derechas, formado precisamente por los que antaño fueron propagandistas radicales del bloque de las izquierdas. No creáis que eso os permite identificaros en toda España con los conservadores, y mucho menos con los carlistas, que representan la guerra civil, y los ultramontanos de la Defensa Social, que representan la persecución religiosa y la servidumbre del Estado.

Porque, ciertamente, el orden público no es liberal ni conservador. Pero hay un método conservador y un método liberal para garantizar el orden público.

Esos dos métodos son, no sólo distintos, sino opuestos. El criterio conservador consiste en pensar que los motines, revueltas y demás alteraciones del orden provienen de una funesta tendencia á la rebeldía que hay en el espíritu del hombre, tendencia satánica que es preciso ahogar en germen ó descuajar de raíz, para el bien, el equilibrio y la salud de la sociedad.

No es ese el criterio liberal. Los liberales creen que las alteraciones del orden responden, aunque sea de un modo equivocado, vicioso y punible, á una cierta ansia de mejora y renovación, la cual, desviada de esos lamentables derribaderos revolucionarios y conducida por cauces lícitos y legales, se convertirá en propulsora del progreso de la nación.

El conservador tiende á figurarse que los pueblos se quejan de vicio. El

liberal afirma, con la frase de un glorioso médico español, que «los pueblos, como los niños, se quejan siempre con razón, aunque á veces ignoren la razón por que se quejan». Ante el tumulto en la calle, conservadores y liberales deben reprimir. Pero al día siguiente, si el conservador trata de vigorizar las leyes existentes, procura en cambio el liberal dictar nuevas y más amplias leyes para que toda aquella inquietud popular se canalice en fórmulas de derecho.

Después de un conflicto de orden público, el conservador sale más conservador y el liberal más liberal. Si éste pide prestadas las soluciones de aquél, es que nunca tuvo verdadera fe en la libertad.

«El primero de los remedios contra los motines y revoluciones—decía ya lord Bacon—consiste en quitar su causa material; esto es, la pobreza, el hambre y la miseria en el Estado».

¿Que en un país los núcleos obreros adoptan actitudes revolucionarias? El gobernante liberal podrá contener con una mano la agitación tumultuosa; pero con la otra mano debe presentar al Parlamento una legislación del trabajo que, hasta donde sea posible, convierta las exigencias proletarias en realidades jurídicas.

A la revolución, el estadista liberal contesta con la evolución; al socialismo de la calle opone el socialismo de Estado.

Canalejas ha hablado de partidos ilegales. Si pudiera haberlos, la misión de un político liberal consistiría en convertir los partidos ilegales en partidos legales. ¿Cómo? Incorporando á la legalidad todo su programa.

¿No puede? ¿No lo consigue? Pues el político liberal ha fracasado y debe abandonar el poder. Deje á otras manos la ingrata labor de levantar un dique ante la avalancha protestaria. Día llegará en que se juzgue que el cauce sería preferible al dique. Y entonces se pensará en aquel hombre público que aparentemente fracasó. Mientras que si todos los gobernantes caen hacia la derecha, ¿cómo se mantendrá el equilibrio en la consabida nave del Estado?

Canalejas demora la apertura de las Cortes. Hace mal. Un gobierno liberal al día siguiente de haber dominado los sucesos de Septiembre, debió presentarse al Parlamento con un proyecto de Presupuesto á lo Lloyd George y dos ó tres leyes obreristas, llevando además al Congreso el proyecto de ley de Asociaciones, y al Senado, para no perder tiempo, el de neutralidad de la enseñanza.

Pero el gobierno no tiene prisa por ir á las Cortes. Los mismos conservadores desapruaban esta conducta: *La Epoca* la critica abiertamente. Tienen razón: Maura abriría el Parlamento; no extremaría tanto el rigor con la Prensa; permitiría que funcionasen las Casas del Pueblo... Y sin dejar de ser un conservador, y en muchos respectos un reaccionario, podría situarse á la extrema izquierda de la democracia liberal que hoy está en el Poder.

LUIS DE ZULUETA



DEL RIÑÓN DE LA IGLESIA

LA MORAL SEXUAL CRISTIANA

(Ensayo crítico)

Amigo católico: No te sorprenda el sistema analítico que voy á adoptar en este escrito: lo he sacado de la práctica eclesiástica en la crítica de los libros que la contradicen, y en especial del jesuitismo.

No caeremos, sin embargo, en el vicio común á ellos de establecer preventivamente la conclusión que nos convenga, forzando los argumentos, tergiversando los textos y estirando las intenciones. Con esta entran papas y obispos á criticar á sus adversarios. De esta malignidad hicieron gallarda ostentación en la crítica de los libros de la Escuela Moderna de Ferrer. Yo te aseguro, lector, que si entrásemos en las Escrituras y en las Bulas Pontificias con aquel criterio, las doctrinas de Ferrer parecerían jaculatorias al lado de las blasfemias eclesiásticas.

No necesitamos esto: nos bastará la lógica implacable que no admite acepción de personas y no consiente desviar la balanza del recto juicio.

De San Pablo vamos á hablar, supuesto autor de la moral celibataria, y apóstol de la pureza, al decir de los católicos, y en cuyas Cartas vamos á hallar lo siguiente.

NATURALISMO RELIGIOSO DE SAN PABLO

Sabido es que San Pablo pasó repentinamente de perseguidor de los cristianos á apóstol. De esto hace gran mérito el escritor: de la saña inquisitorial manifestada contra los cristianos, de quienes había sido torturador y verdugo. (Act. apost. Defensa ante el Tribunal de Feste).

Por un incidente que él llama milagroso y por una eorazonada que llama revelación, cambió de repente y se metió á apóstol, sin haberse instruido de la doctrina llamada evangélica. «Os hago saber—decía á los galatas—que el Evangelio que os he predicado no lo he aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Cristo (Gal. I. 11)».

Tres años después de convertido estuvo quince días con San Pedro en Jerusalén; «no vi á otro alguno discípulo del Señor—dice—sino á su hermano Santiago (Gal. I. 19)». «Catorce años después subí otra vez á Jerusalén con Bernabé (Ibid. II. 1)».

No conocía, pues, por menor el Evangelio: por lo cual repite con frecuencia la frase «mi Evangelio» para establecer la singularidad de sus doctrinas, y su originalidad atribuida gratuitamente á inspiración.

De ahí proviene el que en sus escritos se hallen enormes contradicciones con las enseñanzas del Evangelio conocido, de las cuales veremos una, y que su sistema sea un conglomerado de judaísmo, de paganismo y de un filosofismo místico, difíciles de armonizar y de reducir á unidad lógica.

Uno de los principios que, sin embargo de esta confusión, aparece como más constante y general, es el *naturalismo religioso*. «Todo lo que tiene el hombre lo ha recibido de Dios», afirma de un modo absoluto. «Todo es óptimo,

y toda facultad es perfecta, venida del Padre de las Luces, intransmutable é inmutable», que dijo explícitamente Santiago (Epíst. Cat. I. 17).

A partir de esta universalidad divina y santa, niega como enormes blasfemias las particularizaciones y localizaciones de Dios, en el templo y en el culto; doctrina que combate constantemente, atacando el templo como lugar de blasfemia, y las ceremonias como actos sacrilegos.

Entre otros pasajes, merece citarse este:

«No os dejéis juzgar de nadie sobre lo que hayáis de comer ó de beber, ni por lo que hacéis en las fiestas, ni por razón de neomenias ó de sábados. (Colos. II. 16).»

«De todo lo que salga á la plaza de mercado, comed sin reparo alguno de conciencia; porque del Señor es la tierra y cuanto hay en ella. Si algún infiel os convida, comed de cuanto os ponga á la mesa (I. Cor. X. 25 27).»

«En Dios nos movemos, vivimos y somos»; es decir, un panteísmo difuso, que le permite decir: «no vivimos nosotros, sino que en nosotros vive Dios» no necesitando irle á buscar lejos de nosotros, sino á nuestro alrededor y dentro de nosotros mismos.

Y tan radical se siente en esta doctrina, que extirpa de raíz todo clericalismo y todo sacerdocio, es decir, toda intervención de tercero entre Dios y el hombre, con esta rajante frase, que es el cachete de muerte al Papa y á todo su clero:

«No os dejéis extraviar de nadie que, con afectación de devoción, os induzca á venerar espíritus que nunca vió. (Colos. II. 16).», con lo cual se condenaba á sí mismo, que predicaba la veneración de un Cristo espiritual que había visto sólo en visiones.

He ahí, pues, divinizada la materia y santificado el universo.

Esta doctrina universal aplicaba San Pablo á la *carne*, en la forma que vamos á ver, haciendo derivar de ella la *moral sexual*:

«¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que mora en vosotros, por lo cual realmente ya no sois vuestros sino de Dios? Comprados fuisteis en alto precio; glorificad, pues, y llevad á Dios en vuestros cuerpos. (I. Corint.).»

FASES DE LA MORAL SEXUAL DE SAN PABLO

El pecado sexual

Al tratar de deducir un sistema moral claro y completo de las doctrinas de San Pablo, hemos de comenzar por puntualizar dos extremos: el pecado sexual y el acto de virtud contrario.

En cuanto al *pecado sexual*, se ve constantemente la reprobación y execración formal de la *fornicación*, esto es, la sodomía y la homosexualidad, y el adulterio y la prostitución.

De esto no cabe duda alguna. Contra tal pecado, clama constantemente y uniformemente, sin que se note variación de juicio, equiparando y enumerando á los fornicarios y adúlteros entre los avaros, borrachos, ladrones, idólatras y maldicientes.

Sobre este particular es notable lo que dice en su primera Carta á los corintios (que se suocne escrita en los

años 56 ó 57 desde Efeso), comentando ciertas confidencias y evacuando consultas que se le habían hecho.

Tan desorientados andaban prácticamente en lo moral los cristianos aquellos, como se lo echa en cara el apóstol:

«Como cierto se dice—les escribe—que reina entre vosotros fornicación tal, cual no se haya visto entre los gentiles; hasta el extremo de haber habido uno que peca con la mujer de su propio padre (cap. V. v. 1).»

«Os he escrito—añade—que no os mezcléis ni aun comáis con el fornicario, con el avaro, con el idólatra, ni con el maldiciente, con el borracho ni con el ladrón, aun cuando se llame hermano (ib. v. 11).»

«No os engaños; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los homosexuales (activos ó pasivos), ni los avaros, ni los borrachos, ni los críticos, ni los rapaces, poseerán el reino de Dios; y tales fuisteis algunos (cap. VI. v. 9, 10 y 11)» (1).

Notemos, de paso, la variación de la conducta eclesiástica en esto. Si el Papa, obispos y frailes no pudieran tratar con ninguno de esos criminales ¿quién les quedaría? Por lo pronto podemos observar que los avaros, los rapaces y los homosexuales son preferidos en el trato clerical; por lo cual con toda razón podemos aplicar á la Iglesia la cruda frase que, retratando la recaída de los cristianos y del clero en particular, clava San Pedro en su Carta II: «Tornóse el perro á su vómito, y la puerca, después de lavada, volvió á revolcarse en el cieno (cap. II. v. 22)».

Contra aquella disolución de los primeros cristianos, reclutados, como se ve, de entre la hez social, estableció San Pablo esa teoría absoluta y radical.

De la fornicación y del adulterio, quedan ya citados los testimonios; de la prostitución, lo tenemos en este pasaje:

«¿No sabéis que el que se allega con una ramera, se hace una carne con ella?» (I Cor. VI. v. 16)

Parece ser que en la prostitución ve el santo una degradación del que se entrega á ella. Del contexto de sus escritos se deduce que él no supone compatible la profesión meretriz con la moral cristiana, y aún no se pone, por inverosímil, esta cuestión que deja traza de paso, según acabamos de ver.

La razón de esta *moral prohibitiva*, la da en el orden místico y natural.

La razón mística es que siendo el cuerpo morada de Dios, ostensorio de Dios ó instrumento de Dios («no vivo yo sino que Cristo vive en mí») no debe profanarse á usos ilegítimos, señalados taxativamente en estos tres términos: prostitución, adulterio y fornicación (sodomía y pederastia), que quedan tasados como delitos religiosos, al igual que el avaro, el ladrón, el borracho, el idólatra y el maldiciente.

Este es el término que el apóstol señala fijamente á la deshonestidad.

Anotemos de paso el cambio de frente de la moral dogmática de la Iglesia. Esta no reputa como crimenes religiosos ninguno de estos vicios, sino como faltas de *moral natural* simplemente, á la cual se pueda faltar sin agravio de la Iglesia. Lo dicho: «el perro clerical

(1) Nótese que aquí no les habla de confesar, ni hace reminiscencia de que confesando queden perdonados.

volvió á su vómito y la puerca Iglesia, lavada con la sangre de Cristo, tornó á revolcar-se en el cieno de que había sido limpiada».

La razón natural, la veremos luego.

S. PEY ORDEIX

(Continuad.)

DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

Cuando Karr afirmó que era partidario de la supresión de la pena de muerte, siempre que empezaran por abolir la los señores asesinos, puso sitio inexpugnable al asentimiento del vulgo.

Esta brutal atribución al Estado de los instintos feroces del individuo, ha sido el más firme argumento de la idiocia corriente. Ante él vacilan los que quisieran desterrar de nuestras costumbres la bárbara y abominable pena capital. Es el disparo de metralla con que la turba incivil, que ha fabricado su dios con el cieno de las pasiones terrenas, derrumba á cada instante la tenue fortaleza de la justicia, de la ética, de la equidad, de la cultura, del progreso.

Hago merced á mis lectores de los tópicos con que se ha impugnado, desde Baccaria hasta hoy, esa sanción penal, que ni corrige al delincuente, ni intimida al malvado, ni repara el daño producido.

Auguro que no dejará de subsistir entre nosotros. Nuestra incultura no nos permite desprendernos de la costra de lo arcaico. La tradición es un grillete que arrastramos con gusto. Nos espantan las soluciones de continuidad de la historia.

El arraigo á lo caedizo y á lo viejo se manifiesta en el mismo laboratorio de la ley, donde el respeto á la rutina se consagra con la invocación forzosa de los precedentes.

Somos el país en que más influyen los muertos y en que más tarde caducan las influencias de los vivos. Si sólo nos separasen de Europa los Pirineos, nuestra redención por el saber sería inmediata. Hay otra cordillera más alta y de más extensas estribaciones entre la meta central del Continente europeo y nuestra Península: la cordillera de nuestras preocupaciones medioevales, duras como el granito, que emplezan en nuestras relaciones con lo sobrenatural (la reconquista la hicieron San Jorge y el apóstol Santiago) y acaban en nuestra fe en el terruño.

Para que fuese fácil en España la supresión de la pena de muerte, sería menester que cambiara de pronto nuestra compleción histórica. Los pueblos más heroicos son los más instintivos, y en los pueblos instintivos sobrevive la pena del Talió, de la que es la capital po-trera reliquia.

El baraterismo asigna un tipo bajo al valor de la existencia, y el Estado hace suya la vil cotización. El mono antropoide es el anillo zoológico que enlaza nuestro ser racional con las especies inferiores en la amplísima escala de la animalidad. Un Estado que remeda el crimen, suprimiendo en la impasibilidad del magistrado y del verdugo los elementos pasionales que impulsan á someterle á la fiera humana, está por debajo de ese anillo zoológico.

No he visto iniquidad mayor que la iniquidad de las penas. Son siempre injustas, por lo desiguales; son desiguales, por su insensata aplicación simétrica á individuos que no tienen otra semejanza que la puramente animal.

La presión del hierro, que apenas imprime huella en tu mano encallecida, hiere con terrible dolor mi epidermis delicada.

La soledad de mi reclusión no me tortura. Un alma ve en su morada interior el panorama de la vida, y el reposo del tráfigo social la conforta. Tu prisión será un tormento, porque no aprendiste á estar solo, porque no sabes de ti, ni has visto que todas las bellezas del universo se condensan en tu ignorada personalidad. Así, yo me sentiré grande cuando me aísle un accidente cualquiera. Tú infeliz y desventurado, cuando dejes de navegar en el mar tumultuoso de la necesidad ambiente.

Si delinco yo, antes de que me sentencie el tribunal habré anticipado con el remordimiento los efectos de la condena. Las puertas de la cárcel se interpondrán para siempre entre mi personalidad y mis amigos. Cuando se me abran, no me restituirán lo que perdí. Tendré un asusador en mi recuerdo. Aunque callen indulgentes, ¿no me sentiré bajo la amenaza de sus reproches?

Los días de tu cárcel los contará tu cuerpo aterido ó abrasado, tus pulmones faltos de oxígeno, tus músculos inertes, tu estómago sin repleción; no tu conciencia, que dormita en el seno de tu franca animalidad.

No podemos ser iguales para la purgación de las culpas. Se ha dicho, tal vez con acierto, que entre un imbécil y un sabio media mayor distancia que la que separa al mono del hombre. Benvenuto Cellini cometió un asesinato. Pidieron justicia al Papa los parientes del difunto, y aquél les respondió: «Hombres como Cellini no deben estar sometidos á la ley.» He ahí un principio de justicia.

No hallaréis dos casos en que la pena de muerte tenga el mismo rigor. La iniquidad de la privación de la vida reside en el distinto valor que representa para la sociedad, según el hombre de que se trate, y en la indefinida cantidad de existencia que anula. Sabéis que muere el ejecutado; pero ignoráis el número de días que deja de vivir por la consumación de la condena.

La vida no es un valor absoluto. Podrán malbaratarla el vicio, el crimen, la pena; pero cada unidad biológica formará rancho aparte en la común convivencia, según su potencialidad intelectual, su finalidad ética y su grado de benéfica difusión en el medio estacional.

La pena de muerte es la estúpida proclamación de una igualdad repugnante. Yo y tú, y los demás indiferentes (la indiferencia es la careta de la cobardía ilustrada), somos los que movemos la mano del verdugo. El color que refringe el cristal no es suyo, es de la luz que descompone.

Entre dos polos gira (supuestas las oportunas salvedades) nuestra vida social: el maestro y el legislador. Aunque aquél no sepa todavía hacer inaplicable el Código sancitivo con obra más fecunda, más duradera que las leyes,

debe éste moderar la rudeza de las sanciones.

Delinquimos todos en la persona de los criminales. La pena es la inútil muralla que levantamos contra la irrupción en el campo de nuestras holguras, de los rebeldes, de los ineducados, de los vencidos. Es verdad que matan los pueblos cultos; pero la bajeza de un acto no se ennoblece por la calidad de sus autores.

La pena de muerte es una de las trincheras en que se ha parapetado la barbarie. Hagámosla desaparecer como un oprobio de la razón, como una afrenta de nuestro siglo.

JOSÉ ROCAMORA

En todas partes igual

En las Ardenes hay la costumbre de que la parroquia eche las campanas á vuelo cuando nace alguna criatura, lo que les vale algún dinero al cura y al sacristán.

Hace poco nació un pequeño, y la abuela, provista de los tres francos que marca la tarifa se fué á ver al párroco.

—¿Quién parió?—pregunta el reverendo.

—Mi hija—responde la abuela.

—No está casada canónicamente—replika el presbítero.

—¿Y qué?

—Pues que por menos de cinco francos no sonarán las campanas. Los hijos legítimos, tres francos; los naturales, cinco.

Y el cura dió un portazo.

Siempre y en todas partes lo mismo.

El cura y el fraile son los únicos seres de la creación que no varían de hábitos ni de costumbres en ningún hemisferio.

La celda núm. 7

por José Nakens

Precio: DOS pesetas

Mi paso por la Cárcel

(2.ª edición)

Precio: DOS pesetas.

Los suscriptores y corresponsales tendrán derecho en ambas obras al 25 por 100 de rebaja, enviando 25 céntimos para el certificado.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

EL MOTIN



Muerte de Esteban, primer hereje quemado vivo en Orleans, en 1022.

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LEC. XXXVIII.—DE LA ACCIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA.

1. PADRE.—¿Qué me dices de la acción social de la Iglesia?

HIJO.—Que hay que juzgarla según los tiempos y según los lugares.

2. P.—¿Por qué hay que distinguir de este modo?

H.—Porque en ciertas ocasiones su acción se debió al espíritu democrático y humanitario; otras veces al espíritu tiránico y usurpador.

3. P.—¿Cuál es el juicio definitivo?

H.—Que habiéndose pervertido en sentido tiránico y político el espíritu religioso benéfico que en otros tiempos tuvo la Iglesia, su acción social presente es disolvente y perniciosa.

4. P.—Sin embargo, ella toma á su cargo varias obras de beneficencia popular. ¿Qué dices de esto?

H.—Que en tales obras no rige el espíritu de beneficencia como fin principal, sino como medio para cohonestar con la publicidad de estas obras buenas en apariencia, las maldades secretas de sus planes de dominio y opresión.

5. P.—¿Cómo saca este mal del bien aparente de sus asilos?

H.—Primeramente, tiranizando á los asilados, privándoles de toda personalidad civil, política, religiosa y doméstica, tratándolos por que fueron tratados los esclavos. Segundamente, explotándolos con trabajos forzados, sin jornal y arrebatándoles su merecido. Terceramente, utilizando las apariencias benéficas de estos centros para explotar la limosnería pública, cuyos productos se aplican á fines distintos.

6. P.—¿Qué hay que pensar de los colegios religiosos y centros de instrucción?

H.—Que en vez de instruir pervierten la inteligencia ocultándole las verdades que perjudican á la Iglesia; destruyen la razón, fomentando la fe ciega; deforman los sentimientos, excitando pasiones inmorales y terrores fantásticos, y desvían la voluntad destruyendo las energías personales; todo para formar individuos que sean impotentes para desligarse de la Iglesia.

LEC. XXXIX.—SÍNTESIS CATÓLICA Y SÍNTESIS CRISTIANA. DEL CATOLICISMO

1. PADRE.—¿Qué relación tiene, pues, el catolicismo con el cristianismo?

HIJO.—El de haber convertido en escuela política, de dominio y especulación, una doctrina que fué en su origen simplemente religiosa é individualista.

2. ¿De dónde ha sacado el catolicismo sus máximas y dogmas contrarios al Evangelio?

H.—Parte del judaísmo, parte del paganismo y parte que han producido espontáneamente los tiranos.

3. P.—¿Guarda algún parentesco el catolicismo con el Evangelio?

H.—Sí, señor: el parentesco de un hijo malo con un padre bueno; de un hijo cruel, avaro, tirano, astuto é hipó-

crita, con un padre sencillo, franco, magnánimo, desprendido y bondadoso; el de un padre víctima de la Inquisición con un hijo verdugo de la Inquisición, que, sin embargo, se empeña en conservar el apellido y exige como herencia el honor, veneración y estima ganados por su padre, para mejor verificar sus crímenes y vicios.

4. P.—¿Podrías dar algunos ejemplos de esta perversión?

H.—Sí, señor. Cristo mandó en su nombre amar, perdonar, derramar los bienes, combatir la tiranía, defender al oprimido, prescindir de apariencias y establecer el reino de Dios en la tierra por el amor y la justicia. La Iglesia dice que en nombre de Cristo odia, persigue, capta riquezas, adula al poderoso, desprecia al débil, se rodea de apariencias y establece la injusticia en la tierra llenándola de cárceles, hogueras y guerras.

LECC. XL.—DE LAS IGLESIAS CRISTIANAS Y DE LA CATÓLICA.

1. PADRE.—¿Entendieron el Evangelio de este modo que dices los cristianos?

HIJO.—Sí, señor. Por no admitir la tiranía católica, se separaron las iglesias de Oriente. Por no admitir la soberanía política del Papa, se separaron las del Norte de Europa. Por no admitir el lujo del clero, nacieron las órdenes mendicantes y los albigenses. Por no admitir la jerarquía, se han formado continuamente colisiones.

2. P.—¿Cómo ha triunfado, pues, el catolicismo romano?

H.—En algunas partes triunfó y en otras sucumbió. Sus triunfos los debe á sus ejércitos y á las intrigas políticas.

LECC. XLI.—DE LA "NACIÓN CATÓLICA" ESPAÑA.

1. PADRE.—¿De dónde viene á España el título de nación católica?

HIJO.—De haber aplicado el Papa á los reyes Fernando é Isabel el título de reyes católicos.

2. ¿Qué significa este título?

H.—Propiamente, la palabra católica significa universal; y así la *nación católica* y *reyes católicos*, son de título *nación universal* y *reyes universales*, al igual que el Papa se llama *Pontífice católico* y el obispo de Constantinopla se titula *obispo de toda la Iglesia católica*.

3. P.—¿Es este el significado que se atribuye á tal título?

H.—No, señor. Se le hace significar nación sometida al Papa católico.

4. P.—En la teoría eclesiástica ¿qué alcance tiene este título y profesión?

H.—Que el Estado está sometido á la Iglesia y los soberanos son simples brazos ejecutores de los decretos del Papa, á los cuales puede destronar si se niegan á serlo.

5. P.—¿Aceptaron los reyes y las Cortes de Castilla este oficio eclesiástico?

H.—En algunas cosas sí, en otras no.

6. P.—¿De modo que los católicos españoles no estuvieron nunca del todo sometidos al Papa, según deseos de éste?

H.—Nunca; antes bien la Iglesia española tenía leyes que le daban autonomía, y que los gobiernos y obispos han ido cediendo, con agravio de la independencia nacional.

7. P.—¿De dónde arranca la legalidad de la Iglesia en España?

H.—Del art. 11 de la Constitución, apoyado por los Códigos y leyes auxiliares, que declaran única del Estado la religión católica, apostólica, romana.

8. P.—¿Cómo debe entenderse esta religión católica, apostólica, romana?

H.—Según la teología, debe entenderse conforme la explicó el emperador Constantino, autor de la nacionalidad del cristianismo, que dijo: «quiero que en mis Estados se guarde la religión católica según la enseñan el obispo de Roma y el obispo de Alejandría», los cuales al poco tiempo se excomulgaron uno á otro, desapareciendo por tanto la *unidad* religiosa del imperio. En España debe entenderse según y conforme han definido la religión y sus alcances los concilios nacionales, las leyes de las Cortes y los decretos de los reyes.

9. P.—¿De modo que el Papa llama religión romana á una cosa, y las leyes españolas á otra?

H.—Sí, señor. Hay enseñanzas y preceptos papales que España jamás aceptó, apesar de las excomuniones papales, rechazándolas como impías, inmorales, disolventes del Estado y perturbadoras de los pueblos.

10. P.—¿Cuáles son los principales documentos rechazados al presente?

H.—Los dogmas de los *Syllabus*, los preceptos de la Constitución *Apostolicæ Sedis* y en general todos los documentos que no han obtenido el pase regio.

11. P.—¿Cómo pueden ser católicos los reyes católicos, no estando sometidos al Papa según éste manda?

H.—Por virtud de pactos habidos entre ellos, en los cuales el Papa, por conservar su trono, se obligó á respetar como privilegios aquellos derechos anticatólicos nacionales, llamados regalías de la Corona, y los gobiernos se obligaron á guardar ciertos tratos antipatrióticos llamados concordatos y convenios.

S. P. O.

(Continuad.)

SERMON DE ANIMAS

En la iglesia

I

(El cura desde el púlpito). Sí, amados hermanos; nada hay en el mundo que pueda darnos una idea, ni remota de los horribles tormentos con que la justicia divina castiga las infidelidades de las almas justas en las tenebrosas cárceles del purgatorio... ¡Ah! ¡Cuanta es su amargura y tristeza cuando ven el olvido en que las tenemos! Porque nosotros, no sólo podemos atrevir, sino extinguir por completo su suplicio, llevándolas á la presencia de Dios con nuestras limosnas, sufragios, y misas. Y, sin embargo, ¡ingratos! no lo hacemos, y gastamos en el pecado, locuras y devaneos aquello que serviría para cortar las cadenas que sujetan, en aquellos horribles calabozos á tantos seres queridos. ¡Ay! Yo escucho desde aquí sus lamentos y amargos apóstrofes, percibo su llanto, veo extender hacia aquí sus brazos temblorosos, y oigo su voz angustiada que dice: «¡Hijo mío! Acuérdate de tu desgraciada ma-

dre que está rodeada de llamas y cracas que penetran en mis entrañas, y me abrasan por todas partes... Aquí estoy sufriendo por ti, por el excesivo amor que te tuve... ¿Y tienes valor para dejarme olvidada en estos suplicios? ¡Tanto como gastas en el regalo de tu cuerpo, en satisfacer tus pasiones, y no tienes un céntimo para aliviar la suerte de tu desdichada madre! ¿Y para recibir tal pago te llevé en mi seno, y te mecí en mis brazos?... Otra voz clama y dice: «¡Madre mía! Mirame aquí hecho ascua como un hierro candente, mira estas llamas que como sierpes se enroscan al cuerpo del hijo de tus entrañas... ¡Compasión, madre mía! ¡Sálvame de estos tormentos! Madre querida, ¿no me escuchas? ¿Me has olvidado ya?... Y cuando esta voz se extingue otra le sucede diciendo: «¡Ah, esposa querida, y cuán pronto te has olvidado de mí! La justicia divina me tiene sumergido en este oceano de fuego, y tú á quien tanto amé pasas á mi lado sin dignarte aminorar mis tormentos... ¡Me abrasso, amada esposa! ¡Apaga este fuego que me consume con tus limosnas! ¡Por amor de Dios, ten misericordia! Acuérdate de las horas felices que pasamos en el mundo, de la herencia que te dejé, del cariño que te profesaba... ¡Ingrata, ingrata! ¿No harás nada por mí?...»

La voz del predicador se torna lúgubre y opaca. Resuenan gemidos y suspiros por todos los ámbitos del templo; de los ojos se desprenden lágrimas silenciosas. Un monaguillo cruza entre los flejes con una bandeja en la mano, repitiendo sin cesar con voz plañidera: *¡Limosna para las benditas ánimas del Purgatorio!*... Manos temblorosas se sumergen en los bolsillos, se abren numerosos portamonedas, y caen las ofrendas en la bandeja con suave y melancólico tintineo...

II

En la sacristía

(El cura y el monaguillo junto á una mesa, alumbrados por una vela).

—Ve contando las perras: las gordas á un lado, y las chicas á otro... Da diez y de veinte haces montoncitos, ó sea, por pesetas. Y ¡ojó! que si veo que te guardas una te rompo los morros.

—No, señor, no... Una, dos, tres...

—¡Eh! Qué eso es una peseta, y no una perra chica... ¡Maldita sea! Bien sacas las mañas del ladrón de tu padre... Mira que te voy á señalar...

—Si es que no la había visto; eso... Es que usted la ha tomado conmigo, y eso que no saco las perras del cepillo como hacía Sotero.

—Y tú que lo hicieras ¡te ahogaba!... Di, ¿echó el duro la confitera?

—Sí señor. Por ahí estará.

—Y las americanas, ¿sacaron mucha plata?

—¡Huy! Un puñado así.

—Sin embargo, hoy no se ha recogido gran cosa... Tiene la bolsa apretada esta gentuza... Tendré que darles con un palo á ver si los convengo de veras... A ver, cuenta: Una, dos, tres, cuatro... Total: cincuenta pesetas... El duro de la confitera, y siete pesetas en plata de las americanas... sesenta y dos pesetas. Esto del Purgatorio se va... Cinco duros para un mantón para la Bonifacia, unas botas para el chico; y lo demás para el górgo!es y el buche.

Se guarda los cuartos.

—Señor cura, ¿no hay nada pa mí?

—¿Para ti? Un puntapié si que te voy á dar... Cuando digas misa... ¡Vaya con el mocoso este!...

—¡Gachó! ¡Vaya un tío!... Gracias á que me he quedado con las dos pesetas de la zapatera, que sino... ¡chauflis!...

FRAY GERUNDIO

Calendario del Obrero

para 1912

POR

JOSE MORATO

SUMARIO: Calendario.—Esfemérides.—Los intereses creados.—La muerte todo lo iguala.—El sueño del bajá.—En la catedral de Córdoba.—La corneta, la campana y el martillo.—A un fraile viejo.—Impresión.—El Primero de Mayo.—La adulación.—Cuentecito.—El pastel de lenguas.—Administración.—El lobo guerrero.—Final de acto.—La Paz.—A un rico.—Decisión de una asamblea.—Providencia.—Diálogo instructivo.—Concejales.—Un necio.—Los capitanes Araña.—La Evolución.—Basura humana.—Un aristócrata.—Geografía.—Legislación de Accidentes del trabajo (con formularios).—La ciudad mercantil.—Jornadas de trabajo.—Conflictos del trabajo.—Actos civiles (con formularios).—La jornada futura.—La Prensa obrera de España.—Señas de organismos obreros.—Pesos y medidas.—Correos y Telégrafos.—Tabla de jornales.—Poesías, cuentos, chascarrillos, pensamientos, estadísticas, etcétera, etcétera.

Los trabajos siguientes pertenecen á este Calendario:

FINAL DEL ACTO

Se acercaba la hora del entierro, y la casa, pobre y pequeña, se llenaba de gente. Mujeres cubiertas de pañuelos negros lloriqueaban por los rincones, murmurando palabras incoherentes. Los hombres, encendida la mirada, fijaban los ojos en visiones sólo de ellos conocidas, abstraídos en no sé qué rojizo porvenir. Algunos crispaban los dedos rudos en las gorras, sosteniéndolas sobre las rodillas rígidas. Las barbas hirsutas, tempestuosas, encuadraban caras místicas, en las que ojos relampagueantes delataban la rabia contenida de la desesperación.

La huelga duraba ya algunas semanas. Los cuerpos famélicos se arrastraban á lo largo de las carreteras. Cortejos de niños pululaban por los caminos dolorosos, bajo el magnífico cielo estival, y los ojos de los pequeños interrogaban al aire, en que murmuraba una vaga maldición que ellos no comprendían.

Felipe, el obrero que iban á enterrar, era la primera víctima de aquellos días de tragedia. En la carga dada por la Guardia civil, una bala lo tumbó en medio de la hermosa calle precisamente frente á la fábrica.

Al cabo llegó el momento terrible. Unos compañeros salieron con la caja.

Todos se pusieron en pie. Durante un instante depositaron al muerto en el suelo, y en torno de él los trabajadores formaron corro. De pronto, agudos y desesperados gritos sonaron como un clarín. La mujer del muerto, desmeleñada y trágica, apareció en el dintel de la alcoba, ya vacía. Llevaba en brazos, muy alto, al hijo del muerto, un niño de pecho, que miraba con ojos inexpresivos aquella escena negra. La mujer avanzó hasta la caja; alzó aún más, como una enseña, como una bandera, al pequeño, mudo y absorto, y gritó, gritó virilmente, desde el fondo de sus entrañas, con gran remolino de su cabellera desgredada:

—¡Es su hijo! ¡Vengadle!

GABRIEL ALOMAR.

Los capitanes Araña

—¡Ciudadanos: formemos batallones y á la lid acudamos altaneros á luchar por la patria y por sus fueros que pretenden hollar viles follones! ¡Hable el fusil y truenen los cañones y mueran de una vez los traicioneros al impetu viril de los guerreros que son la admiración de las naciones!— Así se expresan con furor que aterra el bugnés, el obispo y el letrado, sin cesar atizando la cruel guerra, y sólo el triste obrero va soldado, mientras signen tranquilos en su tierra el escritor, el rico y el prelado!

VALENTÍN HERNÁNDEZ.

CONCEJALES

¡Haciéndome estoy cruce de asombrado! Dicen que esos municipales mandones políticos no son, sino ladrones que roban por la puente y por el vado. Que todo gasto, en parte, es simulado; que lo de «en picos, palas y azadones...» quedóse ya en mantillas; que tragones lo son todos, y el cuento está acabado.

¡Y el cuento es un millón! Diz que un perdido, que andaba más corrido que una mona, hoy nada en la abundancia y mete ruido.

Y diz que personilla, que á persona jamás llegó, á la Luna se ha subido...

¡Y aun hay gente en presidio por ladronal!

DR. FRANCISCO DE OSUNA.

A UN RICO

¿Quién te ha dado tu hacienda ó tu dinero? O el fruto son de tu trabajo honrado, ó el haber que tu padre te ha legado, ó el botín de un ladrón ó un usurero.

Si el dinero que das al pordiosero te le dio tu sudor, ¡te has sublimado! Si es herencia, ¡cuán bien la has empleado! Si es un robo, ¡mal quedas, caballero!

Yo he visto á un lobo que, de carne ahito dejó comer los restos de un cabrito á un perro ruin que presencié su robo.

Deja, job, ricol, comer lo que te sobra, porque algo más que un perro será un pobre, y no querrás tú ser menos que un lobo.

J. M. GABRIEL Y GALÁN.

CONDICIONES ADMINISTRATIVAS

Todo pedido ó pago se hará á nombre de Felipe Peña Cruz, Pizarro, 16, imprenta. Las cantidades deberán mandarse en libranzas del Giro mutuo, en letras de fácil cobro ó en giro postal.—Y los lectores que cada año honran al colector de este librito con reparos, indicaciones y críticas, sírvanse dirigirse á J. J. Morato, Almansa, 16.

También pueden hacerse los pedidos á la Administración de El Motín.

Precio del Calendario, 15 céntimos.

Los detractores del pasado

Roma, corte pontificia, tuvo en la Edad Media sus procónsules con el nombre de legados. Los hubo entre ellos que merecieron ser comparados á los azotes que devastan las provincias como huracanes:

«Vuestro legado, dice San Bernardo al papa, ha ido de nación en nación, de un reino á otro, dejando por todas partes espantosas huellas de su paso; desde los Alpes y del imperio de Alemania hasta Francia y Normandía, ha llenado las iglesias de sacrilegios cometiendo las acciones más vergonzosas, llevándose los despojos de los lugares sagrados que visitaba y poniendo á contribución, por medio de sus delegados, aquellos que no podía visitar por sí; la opinión es unánime contra él; seglares y regulares, pobres y ricos, monjes y clérigos se quejan; es objeto de las murmuraciones de las escuelas, de las calles y callejuelas.»

Oigamos ahora el grito de cólera de un cronista alemán medioeval, Ebbatis Urpergens, hombre de Iglesia:

«Regocíjate, Roma, nuestra madre; las cataratas de los tesoros de la tierra se abren; ríos de oro, torrentes de plata se precipitan hacia ti; regocíjate de las iniquidades de los hombres, tú que recojes sus frutos. Regocíjate por tu compañera la discordia, que se ha lanzado desde el fondo de los abismos infernales para ayudarte á amontonar tesoros; hoy que posees aquello porque siempre has suspirado, entona un cántico de alegría; por la malicia de los hombres, no por la religión, has venido al mundo; lo que atrae á los hombres hacia ti, no es la devoción, no es la pureza de conciencia, son los crímenes que cometen y cuya absolución les vendes.»

¿Qué decir ante la aseveración de un leader ortodoxo y la autoridad de un santo?

Que la Iglesia no varía; que es una é inmutable.

Hoy como ayer, mañana como hoy. ¡Y siempre igual!

EFEMERIDES FILIPINAS

LAS QUEJAS DE LOS FILIPINOS

A título de información histórica, reproducimos el capítulo de quejas en

que Isabelo de los Reyes resumió las que se tenían contra las corporaciones religiosas y que, según el mismo, determinaron la insurrección del 96.

Hallábase entonces el Sr. Reyes preso en Bilibid, como complicado en la conspiración ó en el movimiento insurreccional.

Después del prudente gobierno de Blanco y del rígido y severo de Polavieja, había sucedido el político Primo de Rivera, que ya antes había sido gobernador general de Filipinas. Tenía fama de benévolo: bajo esta circunstancia, Isabelo de los Reyes se decidió á dirigirle una memoria de la insurrección contra España (contra las órdenes religiosas más bien), la cual más tarde refundió y editó en Madrid con el título alarmente de *La Sensacional Memoria de Isabelo de los Reyes*. Fechóla primitivamente en 25 de Abril de 1897. En síntesis.

«Los filipinos se quejaban:

1.º De que los frailes elevaran arbitrariamente cada año el canon sobre terrenos, á pesar de la honda crisis comercial y agrícola que atravesaba el país hace cerca de diez años, por hallarse destruídos los arrozales por nubes de langosta, los cafetales por otro bicho más terrible aún, y por los suelos los precios del abacá, azúcar, añil y otros productos de Filipinas.

2.º De que, además del canon, los frailes exigían, se ignora con qué derecho, un sobre canon sobre los árboles que los inquilinos plantasen en las tierras arrendadas por ellos, en vez de agradecer este favor, por constituir una gran mejora en dichas tierras.

3.º De que los frailes, en vez de emplear la medida legal, al recibir el canon en especie, medían el arroz en medidas de 30 á 33 gantas, en vez de 25, que es la cábida de canon legal.

4.º De que los frailes, arbitrariamente, fijaban los precios de los productos para los pagos en metálico que tenían ellos que cobrar.

5.º De que, amén de estos abusos inauditos, á lo mejor usurpaban terrenos que los filipinos habían heredado de sus padres, bastando para ello incluirlos en sus mapas, ó si no, quitaban despoticamente á los inquilinos terrenos que éstos habían mejorado durante muchos años, á costa de continuos trabajos y desembolsos.

6.º De que los frailes perseguían despiadadamente á los que se atrevían á quejarse por la vía legal, hasta conseguir gubernativamente desterrarlos causando la ruina de tantas familias.

7.º De que no enterraran gratis á los pobres, como está mandado, y se excedieran del arancel eclesiástico al cobrar los derechos parroquiales, depreciando la excomunión con que se castiga á los contraventores, y obligando por medio de maltratos á los pobres á enajenar lo poco que poseen para pagar el entierro de sus deudos.

8.º De que los frailes se inmiscuyen en las cuestiones de familia y de vecindad para envenenarlas y perseguir al que se malquiste con ellos.

9.º De que oprimen al clero indígena con prisiones y suspensiones arbitrarias, traslados de una provincia á otra, salvando grandes distancias y costeando los pobres coadjutores estos viajes. Así castigan á los que no saben adular á sus superiores.

10. De que hacen los obispos frailes, á favor de sus hermanos, cambios leoninos de curatos, lesivos á los intereses de los sacerdotes indígenas.

11. De que no se proveen los curatos por oposición y en propiedad, como está mandado por el Concilio de Trento, para que los desempeñen los más dignos, sino para desacreditar á los sacerdotes indígenas; escogen á los más ineptos, aduladores y atolondrados para párrocos interinos, solamente con el carácter de interinos, á fin de que se vean siempre obligados á adular y servir á los frailes, en cuyas manos omnipotentes están sus destinos.

12. De que los frailes se burlan escandalosamente de las leyes y disposiciones del Gobierno y de la Iglesia, pasando impunemente por todo, como han pasado por la prohibición absoluta de nombrar provisores y fiscales frailes, que el Gobierno de Su Majestad acaba de recordar en 1896, y sin embargo, siguen siendo todos frailes.

13. De que éstos deprimen y persiguen á los filipinos ilustrados y aún á los que apenas *chapurrean* el castellano.

14. De que, debiendo ser ejemplos de conducta cristiana ante sus feligreses en los pueblos que administran, son la piedra de escándalo por sus vicios y liviandades, sacrificando á sus apetitos carnales la tranquilidad de familias honradas.

15. De que se oponen al progreso del país, impidiendo hasta la inmigración española, por crear que esta podría fiscalizar y estorbar sus abusos; la construcción de ferrocarriles, por ser conductores de la civilización; la introducción de leyes y de toda clase de reformas gubernativas y administrativas, calificando sin rubor alguno de explotadores y filibusteros á los dignísimos exministros de Ultramar, Sres. Balaguer, Maura, Moret, Romero Robledo, Becerra y otros á quienes debe el país algunas reformas benéficas.»

Retana reproduce otras quejas, al comentar el discurso de Rizal en el banquete en honor de los pintores Luna y Resurrección, diciendo que «las quejas de los filipinos eran desconocidas á los españoles, porque ninguno de aquellos se atrevía á exponerlas, y menos públicamente,» porque habría pasado por filibustero. Añade luego que casi todas esas quejas «se hallan expuestas, de un modo ó de otro, en la novela *Noli me tângere*. De la *Memoria* de Isabelo de los Reyes escribe, [que «valió al autor el ser mandado desde la cárcel de Manila (*Bilibid*), al odioso castillo de Monjuich, de Barcelona. Después de todo—añade—no lo pasó tan mal: otros, por haber hecho menos que hizo Reyes, habían sido fusilados».

Escribir para algo

La obra dramática de Brieux, *La robe rouge* (La Toga) puso al descubierto una de las llagas más terribles de la sociedad presente en Francia.

Brieux presentó un tribunal de provincias, é hizo desfilar por la escena jueces y magistrados que hablaban en familia de sus apuros económicos, del ascenso que no llegaba, de la postergación que les irritaba. El escalafón era

su pesadilla. Por ganar un puesto, serían capaces de crucificar de nuevo á Cristo, sin lavarse siquiera las manos. Y junto á la toga desgarrada de aquella magistratura que se vendía por dinero, abdicaba por compadrazgo y se deshonraba por complacencia, aparecía la flamante levita ciudadana del *député* intrigante, que dictaba entre bastidores las sentencias, que corrompía la justicia, que relajaba los vínculos sociales, que compraba la ley por un apretón de manos, por una sonrisa, por una promesa.

La obra de Brioux afrontaba un tremendo problema de Francia; la indefensión de la sociedad, presentada sin atenuaciones; la vida, la honra, á merced de conciencias corrompidas, de ambiciones insaciables, de bajos cálculos, de pequeñas miserias.

La sátira era tan sangrienta, que el autor no vaciló en decir por boca de un viejo magistrado, al cual la proximidad de su jubilación forzosa le liberaba del yugo de la esclavitud oficial y política: «Ya puedo decir la verdad; ya puedo ser un hombre de honor, en vez de ser un magistrado servil y cruel.»

El argumento de *La robe rouge* era poco complicado y se adaptaba perfectamente á la tesis.

En un caserío vasco había sido asesinado un octogenario. El crimen conmovió á toda la región. El asesino no parecía. La prensa local comenzaba una campaña contra la incapacidad de los magistrados y del juez.

M. Vagret, procurador de la República, vió comprometido el deseado ascenso, y, para no malograrlo, para dar un golpe de efecto en el ministerio, consintió que un juez ambicioso y sin conciencia acusase, torturase y pretendiera arrancar la confesión de su culpabilidad á un tal Etchepare, al cual, aunque inocente del crimen, envolvía y aturdira con sus astucias curialescas. Se necesitaba una víctima; lo demás importaba poco; que apareciera el asesino, aunque fuera á costa de la vida de un hombre. Las escenas entre el juez, Etchepare y la mujer del acusado eran de mucha fuerza dramática.

Etchepare se salvó por fin; el Jurado le absolvió. El mismo M. Vagret, el procurador de la República, en un instante de arrepentimiento, le libró del presidio. Pero el juez, que vió deshecha su obra por la *incomprensible debilidad* del magistrado, vengó sus rencores en el mísero Etchepare, al cual descubrió que su mujer, antes del matrimonio, se había escapado de París con un amante y figuraba en los archivos judiciales como cómplice de robo. *Janetta* vió malogrados en un minuto doce años de vida honrada, de penitencia, de redención. Etchepare la rechazó, la separó de sus hijos.

El quedó en la miseria después del proceso; ella, deshonrada y sin hogar. Era la obra de la justicia humana.

Con esta escena terminaba la comedia.

Terrible era todo esto, pero lo más terrible para los jueces franceses, estuvo en lo bien que fué acogida en todos los teatros donde se representó; lo cual demostró que la opinión estaba convencida de que el autor había puesto el dedo en la llaga quizás más dolorosa que aflige al cuerpo social.

SEVILLANAS

Se queja *El Liberal* de Sevilla de que «los sochantres de parroquia van tarde á los funerales, ó se van antes de que terminen (¿estarán convencidos de que el funeral aprovecha al muerto tanto como si le rascaran la panza?) y por ese motivo—continúa diciendo *El Liberal*—decae en ocasiones el esplendor del culto, por precipitarse el sochantre ó suprimir el canto.»

¡No te preocupes de eso, Liberalillo de mis entretelas! Descuida, que cuando tú te mueras (si es que revientas algún día) no ha de faltar quien cante en tus funerales; por lo menos, el sentido común y la dignidad profesional, irán detrás de tu cadáver, marcándose—de alegría se entiende—unos polos ó unas siguirillas de lo más castizo.

Mientras llega ese venturoso día, á cambio de sochantres, recomiende á tus feligreses á la «Niña de los Peines» ó al «Mochuelo», *cantaos á cartel* que no harán mal tercio en unos funerales.

Después de todo, el único que tendría derecho á protestar del cambio sería el muerto; y éste, primero dejaría de ser mal poeta Muñoz San Román, que el muerto decir ésta boca es mía. ¡Palabra!

..

Una hermosa y católica dama, que por su brillante posición social ejerce su soberano influjo sobre los más empingorotados miembros del clero sevillano, me remite la siguiente esquila de invitación.

«Sección adoradora Nocturna. Turno de San José. Esta asociación celebra la vigilia de San José el día 15 del mes actual. Lo participo á usted para sus efectos y á fin de que, la noche de ese día, reúna á los miembros de su familia para la práctica de ejercicios espirituales. Adjunto la cédula de intenciones para que se sirva llenarla y devolverla junto con la limosna (ya está el vil metal en escena) destinada á la vigilia de ese día.—La secretaria de turno, F. de T.—Sr. D. E. Jiménez Monroy.»

¡Válgame Dios, Señora mía! ¿Cómo ha podido usted descender de su alta jerarquía, á suplicar á este humildísimo pecador que celebre la vigilia de San José, cuando á usted le consta, por motivos que no son del caso referir, que en mi hogar, afortunadamente hasta ahora jamás nos dió el naipe por las vigili-

¡Todos los días comemos carne en casa! Esto, que parece un sueño en España, es una feliz realidad en mi modesto hogar. Confieso que tenemos ese mal gusto; pero... ¡qué quiere usted, Señora!, preferimos un buen solomillo en días de vigilia, á un plato de habichuelas en cualquiera otra época,

Además, dudo que San José alcance una mayor suma de beneficios de los

que ya tiene en el cielo, por que yo me atraque de espinacas.

¿Daría el mismo resultado las lonchas de jamón serrano, aunque se rociaran con Jerez? Preguntélelo usted á San José; y si contesta afirmativamente, yo prometo complacer á usted en forma que no haya que pedir más de mi parte.

Por último, en mi casa, de noche ¡¡y de día!! que yo sepa, no hay más miembro disponible que yo; y cuando yo (en clase de miembro, se entiende), me dedico á hacer ejercicios, los que hago no son espirituales precisamente.

Así es, Señora mía, que de la esquila que se ha dignado usted enviarme, no puedo aprovechar otra cosa que la satisfacción que me ha producido el hecho de que una dama de tan alta distinción y tan hermosa como usted, se haya servido honrarme con su cortés invitación.

Nada más por hoy. Besa sus pies

E. JIMÉNEZ MONROY

Diciembre 1911.

SANEAMIENTO DEL SUBSUELO

¡Basta!

El Sr. Gil. Clemente ha «duplicado», con otro artículo de cinco columnas.

Yo, que no creo tener derecho al abuso, voy á escribir sólo algunas líneas.

En su artículo último, el Sr. Gil ha hecho lo que siempre: «no decir una sola palabra» sobre la inmensa mayoría de los incontestables razonamientos y cargos abrumadores que contienen mis escritos, y hacer sobre alguno el castillete de naipes más enrevesado y deleznable que se puede concebir.

El castillete, en esta ocasión, ha tenido por objeto oscurecer que la ley de 13 de Agosto de 1908 y las Reales órdenes de 8 y 14 de Septiembre inmediato, dictadas para su cumplimiento, «contuvieron solamente» (con el precepto de que el Estado realizase la canalización del Manzanares y los colectores generales necesarios para la pureza de las aguas de éste) «el mandato absoluto» de que el Ayuntamiento de Madrid procediese «simultáneamente (claro es que de la manera prevenida por las leyes aplicables) al saneamiento del subsuelo de la villa y corte, con el auxilio» por parte del Estado «del 50 por 100 del importe total de su coste y con la «consiguiente intervención del mismo».

Como la ley no dice una palabra más (para convencerse de lo cual basta leerla) «no hay faramallas que puedan lograr» que se comulgue, cual pretende el Sr. Gil, «con que aquellas disposiciones fijaron al Ayuntamiento plazos para la ejecución, ni condiciones para conseguir la subvención; ni con que dicha ley es de excepción; ni con que releva de garantizar la buena elección del proyecto» con el concurso que en estos casos abren las administraciones rectas y puras (al que yo no habría podido acudir, por no ser arquitecto, ni ingeniero); «ni con que permita proceder sin sujetarse á las leyes aplicables á las obras de su clase» ni á ley alguna; «ni con que autorice que las obras se hagan de la manera absolutamente arbitraria, permitidora de los más grandes chanchullos, absurda, ruinosa

sima y escandalosísima con que se intenta hacerlas; ni con que priva al Ministerio de la Gobernación de la competencia que, como representante del Estado, le corresponde en esta clase de obras.

Rectifico, pues, cuanto dije en mi rectificación, sin variar una sola letra.

En cuanto á las cartas de los padrinos del Sr. Gil, que éste publica, sólo he de decir que «ellas confirman» que el Sr. Gil empleó la artimaña de nombrar padrinos á los Sres. Casuso y García Cascales, subordinados suyos; y que el artículo publicado en *España Libre* era igual á parte del publicado en *EL MOTIN* con las firmas de los señores Presidente y Secretario del «Centro de Hijos de Madrid.»

Por todo lo cual, cuanto en mi artículo anterior dije sobre estos particular es (como todo lo que yo digo) completamente exacto.

Y conste que no he de añadir una palabra más, dígame lo que se diga por el Sr. Gil Clemente.

EL MARQUÉS DE ZAFRA

El escándalo de Zárate

Justa indignación del vecindario.—Actitud imprudente del cura párroco.—Necesidad de intervención superior.

El telegrama que publicamos más abajo, de nuestro corresponsal en Zárate, da cuenta de la intensa impresión causada en esa ciudad por los delitos cometidos por el sacerdote Lasseyte durante el tiempo que ha ejercido la dirección espiritual de la parte católica del pueblo como cura de la parroquia y capellán de un colegio religioso.

Consideramos que la situación se ha agravado con la actitud del otro sacerdote que allí ejerce su ministerio al frente del curato. En consecuencia, aparte de la acción que corresponde á la justicia del crimen, que debe proceder sin prejuicios sectarios, inspirándose en la sagrada defensa del orden social, tan profundamente afectado por el clérigo delincuente, al obispado de La Plata corresponde intervenir sin pérdida de tiempo, en obsequio siquiera á los propios intereses de su religión.

He aquí el telegrama aludido:

Zárate, Noviembre 5.—La efervescencia de la población sigue en aumento con motivo del brutal delito de que se acusa al sacerdote Luis Lasseyte, teniente cura parroquial, cometido con niñas de diez á catorce años, de cuyo hecho di cuenta brevemente en mi telegrama de ayer.

El presunto delincuente continúa detenido bajo el peso de acusaciones abrumadoras. Fué aprehendido también el sacristán Venturini por complicidad en el vandálico delito.

Horrorizan los detalles que, con su ingenuidad infantil, las inocentes víctimas relatan del suceso, los que demuestran en el autor una perversión de instintos sin nombre. La sociedad, íntimamente ofendida, reclama para el culpable un condigno y ejemplar castigo.

El comité local del Libre Pensamiento celebró anoche una sesión extraordinaria para acordar la forma de exteriorizar la unánime protesta que el in-

calificable insulto á la cultura de la población ha levantado ese hecho execrable y doblemente alevoso, por haberse cometido al amparo del hábito sacerdotal, que supone en el que lo lleva amor al prójimo, respeto al hogar y defensa de la moral y buenas costumbres.

Sin tiempo material para realizar una manifestación pública con el permiso de la jefatura de policía, se celebró esta tarde una manifestación en local cerrado, á la que asistieron más de 1.500 personas, en cuyos semblantes se reflejaba la intensa indignación que el brutal delito ha producido. Usaron de la palabra el escribano Sr. Luna y los Sres. Otamendi y Campanari, quienes, en términos enérgicos, condenaron el suceso que abruma á honestos hogares.

Terminada la reunión, más de mil personas desfilaron en actitud de protesta, pero tranquila y silenciosamente, por delante de la iglesia y la comisaría, donde se halla detenido el cura Lasseyte, dando con ese proceder una elocuente prueba de cultura.

La policía se limitó á recomendar la calma, observando una conducta correcta, lo que valió al comisario Donati y demás empleados los aplausos de los manifestantes.

El párroco, presbítero Piaget, pronunció un sermón esta mañana, que fué toda una provocación al pueblo, criticando con denuestos la actitud de éste, porque protesta contra el ultraje que se le ha inferido. De continuar en esa pécica, pueden sobrevenir graves acontecimientos, pues los ánimos están exaltados.

El intendente municipal se dirigió telegráficamente al obispo de la diócesis, solicitando la remoción del cura párroco y demás representantes del clero en esta ciudad, medida que se impone después de lo ocurrido. El domingo próximo se realizará un «meeting» motivado por estos mismos hechos, que congregará á toda la población, dada la unanimidad de sentimientos que reina.

La prensa local, como la de Campana, Baradero y otros puntos, dedica hoy enérgicos conceptos contra el autor de los sucesos brutales que tan intensamente han afectado á esta sociedad.

Buenos Aires.

Histórico

En Liria (Valencia), se puso gravemente enferma una pobre vieja, beata á más no poder, pues no salía de la iglesia.

Momentos antes de morir, dijo á su hija:

—María, trae mi ropa mejor, que quiero ponérmela.

—¿Para qué, madre?

—Para ir *al ball* (baile) de *Josafat*, que me llama el Señor; y si no voy con el vestido nuevo, no me dejarán entrar.

—¿Pero dónde está *el vall* (valle) de *Josafat*?

—No lo sé. Pero allí dice el señor cura que tenemos que ir todos *al fin del mundo*.

La infeliz mujer había confundido *vall* con baile.

¡Todo esto había aprendido en tantos años de estar entre curas y frailes!

ALMANAQUE

DE LA

INQUISICION

POR

EL MOTIN

Precio: UNA PESETA

Contiene los trabajos siguientes:

Advertencia.—Dedicatoria.—El mérito de sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA

POR

S. Pey Ordeix

Historia y crítica documentadas de los expedientes seguidos en Roma, España y Francia para la legitimación del primer matrimonio legalizado en España, á pesar de las leyes celibatarias impeditivas.

Precio: UNA peseta

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

PEY ORDEIX

Miguel Servet

víctima de la Universidad y de la Iglesia

DOCUMENTOS INÉDITOS.—Grabado del CUADRO HISTÓRICO DE VSICHEM

Precio: TRES pesetas

De venta en las principales librerías. Pedido: á esta Administración.

A los suscriptores de *EL MOTIN* 25 por 100 de rebaja.

COSAS QUE HE DICHO

Dice irónicamente un periódico republicano que aquí, para que lo tergan á uno por bueno, es necesario echar tierra y mas tierra sobre la basura.

Querido colega; por ahí empecé yo. Y no ha habido miserable, canalla, far-sante, adulator, necio ni bruto, que no haya juzgado mi campaña con el criterio del que no da un paso sin encaminarlo al propio provecho.

Desde hoy, por tanto, quedas á merced de todos los imbéciles, todos los cu-cos, todos los vividores y todos los de-generados del partido.

Pero á bien que la porquería se la-va.—1894.

El general Chinchilla ha muerto, de-jando dispuesto que lo enterraran vesti-do de carmelita.

Quisiera saber qué pensarán en el ex-tranjero de un país donde los gene-ales creen que pueden ir á la tumba con ves-tido más honroso que el militar.—1899.

Indudablemente el cruzamiento de las especies produce sorpresas singula-res. Del ayuntamiento del burro y la ye-gua sale el mulo, que no se reproduce.

Hay, sin embargo, un cruzamiento en la especie humana que produce un sér que se reproduce más que el micro-bio: el del hipócrita y la beata, del que sale el clerical.

Por desgracia para la especie.—1893.

No nos paguemos tanto de palabras. Logrando lo que deseamos ¿qué nos im-portaría el nombre?

Si con la República democrática no prodíamos salvar la situación y con la dictatorial sí, ¿á qué preocuparnos de lo demás? Los tiquis-miquis del adjet-ivo contribuyeron á perder la Repú-blica en 1873. «¡Federal!... ¡Cantonal!... ¡Pactista!...» En esta disputa llegó Pa-va, y...

Treinta años llevamos de restaura-ción, años que han representado para España siglos de desmoralización, ver-güenzas y amputaciones de territorio...

En ese tiempo los republicanos hemos sufrido grandes pérdidas en hombres, convicciones y esperanzas: únicamente hemos conservado intacto el culto al fetiche. Y á esto se debe el que, por ca-da paso hacia adelante, demos dos ha-cia atrás.

¿Y vamos á continuar siempre así? Valiera mas disolver el partido y que cada individuo tomase el rumbo que quisiese.—1905.

El *Correo Español* pide oraciones «para el virtuoso párroco de Mendi-gorría (Navarra), ejemplar sacerdote y *probadísimo carlista* que entregó su alma á Dios el 11 del pasado.»

Si tan necesitado anda de oraciones ¿de que le sirvió ser hombre tan virtuoso, tan ejemplar sacerdote y tan *proba-dísimo carlista*?—1898.

Los campos de la Isla de Cuba están llenos de bandidos.

Como aquí las poblaciones. Conque no se den allí importancia.—1888.

Fué detenido Roberto Robert y lle-vado á presencia del juez, quien díjole que se le acusaba de presunto instiga-dor de un complot monstruoso.

—No sé nada, respondió el escritor. ¿De qué se trata?

—De una cosa espantosa. De asaltar en un día dado el Vaticano y los pala-cios de todos los reyes de Europa, para concluir al mismo tiempo con la mo-narquía y el pontificado.

—Pues mire usía—replicó con sorna el insigne satírico—no sabía nada de eso; mas le aseguro que me parece muy bien el proyecto.

Si hoy detuvieran á muchos que se dicen revolucionarios, convencerían al juez de que eran más católicos y más monárquicos que él.

Los hombres de la generación de Robert se llevaron el secreto de la digni-dad y la entereza políticas.—1902.

En Barcelona el hijo de un título de Castilla le ha quitado el reloj á un ca-marero del café del Liceo.

El *Piripipi*, el *Mellao* y demás cele-bridades del gremio de timadores, ex-clamarán seguramente, indignados al saber la noticia. ¡Ya no hay clases!—1892.

Ya á publicarse en breve un folleto titulado *Un ministro canalla*.

Que no tiembale ninguno de los que lo han sido en España: es en Francia donde va á publicarse.—1895.

Un periódico hablando de la apertu-ra del Congreso:

«En los bancos de la mayoría se ven muchas caras desconocidas, y otras que no se ven sino en las fiestas de San Isidro.»

Sí, de esas que desmienten la teoría de que el hombre viene del mono, y hacen sospechar si procede de la espe-cie que tuvo la honra de facilitar cabal-gadura á Cristo para su entrada en Je-rusalén.—1886.

El miércoles pasó un terrible ciclón por Madrid, pereciendo unas 100 perso-nas, quedando heridas más de 1.000, y en la miseria.

El jueves hubo grandes y lujosas co-rridas de caballos, repartiendo en pre-mios la sociedad 16.500 pesetas.

Todos los que dieron esa muestra de respeto y dolor ante la desgracia de tan-tos infelices, oyen misa los domingos y fiestas de guardar y confiesan y comul-gan por Pascua florida.—1886.

La minoría republicana ha acordado emprender una campaña activa por to-da España, como «protesta por la ab-surda ley de Jurisdicciones.»

Me hace mucha gracia.

Eso de salir, no *en fúnebre cortejo*, sino *en a'egre caravana*, por esos mun-dos de Dios á lanzar una protesta que pudieron y debieron hacer en el sitio donde todas tienen más resonancia, el Congreso, es de los más chusco que en mi vida vi, y trae á mi memoria al ciu-dadano aquél que había matado á su padre y su madre y pedía luego limosna para un pobrecito huérfano. Hay cierta semejanza entre él y esos parlamen-tarios que facilitan con su retirada la aprobación del proyecto de ley de Ju-risdicciones y luego salen á protestar por esos pueblos de que se haya aprobado.

O aquí nos hemos vuelto ya todos locos, ó estamos en camino de acabar en imbéciles.—1906.

Un vigilante de la higiene detuvo ha-ce días á una mujer honra'a.

No es extraño. Como esa hez no tra-ta á mujeres de esa clase, no las cono-ce.—1892.

Dicen que una monja en Vigo hizo testamento pocos días antes de morir, dejando al convento un legado de trece mil trescientos treinta y tres duros.

Otros secuestros producen menos y con más exposición.—1888.

Pregunta de *El Ejército Español*:

«¿Qué hará el Gobierno de los terre-nos y haciendas de los agustinos y re-coletos en Cavite, cuando á costa de ríos de sangre de nuestras tropas se re-ocupere la provincia, disputada palmo á palmo por la insurrección? Devolvér-selos á los frailes... no podemos creer-lo... Entonces, ¿qué?»

Devolvérselos, colega, devolvérselos.

¡Digo! ¡Y ahora que los terrenos pro-ducirán tan pingües cosechas, abona-dos como están con sangre de espa-ñoles!

Sería una injusticia prohibir á los po-brecitos frailes explotarlos.—1897.

El jueves se arrojó un hombre desde el puente de Toledo, por no tener tra-bajo.

Tontería, honradez y crimen en una pieza, según la manera de juzgar del vulgo.—1882.

En vez de los banquetes y las exhibi-ciones de alcaldes y exalcaldes republi-canos que se preparan para el próximo 11 de Febrero, ¿por qué no envía cada correigionario la cantidad que pensara gastarse, ya á la Junta que recauda fon-dos para erigir un monumento á Ruiz Zorrilla, ya á la que los reúne para Pi y Margall?

Es una vergüenza para quienes reco-nocieron como jefes á los señores Pi y

Zorrilla, que las suscripciones, abiertas desde hace tanto tiempo, no hayan ascendido siquiera á la cantidad que se gastan los republicanos de cualquier localidad importante en un banquete.

Mucho *ilustre*, mucho *honrado*, mucho *eximio* y mucho *integérrimo* en las bocas y en las plumas al llegar los aniversarios de la muerte de uno y otro, pero ni un céntimo para elevarles un modesto monumento.

Muchos se han creído, como el cómico que gritaba «¡viva el rey absoluto!» para que lo aplaudieran cuando merecía ser silbado, que basta con gritar «¡viva la República!» para pasar por revolucionario y patriota.—1904.

Un suscriptor de *El Resumen* quiere saber qué parte de dinero de *la Bula* ha sido entregada á los establecimientos de Beneficencia, según está dispuesto.

Yo se lo diré: ninguna. Los curas tienen hoy bula hasta para tragarse *la Bula*—1894.

Se ha prohibido á los militares dedicarse á la enseñanza, precisamente cuando varias comunidades religiosas anuncian que han establecido cursos de preparación para academias militares.

Encarezco la conveniencia de que á los oficiales del Ejército se les conceda, en compensación, permiso para cantar maitines y confesar beatas, á fin de que la ociosidad no los impulse hacia derroteros pecaminosos.—1904.

Carlos Chapa va á presentarse al Papa.

Mucho ojo, no se le ocurra averiguar si por una tiara dan de empeño más que por un Toisón.—1882.

Hay en España gentes que á lo mejor salen con la cantata vulgar y añeja de que el pueblo no está preparado para la República.

¡Y si fueran monárquicos! Pero no, que algunos son republicanos, y de significación.

¿Lo hacen por disculpar la conducta equívoca ó vacilante que siguen, ó por excusarse de hacer sacrificios inmediatos para adelantar el momento? Algunos por una de las dos cosas; otros, por ambas.

Todo republicano que aguarda á que España entera esté conforme en derribar la monarquía para decidirse á acelerar la hora del esfuerzo supremo, se olvida de que todas las revoluciones se iniciaron por una pequeña minoría, y que la mayoría prestó ó no después su apoyo, según obraron los que se pusieron al frente del gobierno.

«¡Atreverse!» Este, y no otro, es el secreto de todas las revoluciones.—1904.

Después de *siete* años de prisión preventiva, ha sido absuelto libremente un procesado en Barcelona.

Si hiciera ahora méritos verdaderos para entrar en la cárcel matando al juez

de su proceso, la ley podría condenarle: la iusticia, no.—1887.

Un colega aconseja á los chicos vendedores de periódicos que no huyan cuando los persiga un cura.

Según por donde venga. Por retaguardia son terribles.—1895.

Leo en un periódico de Valladolid:

«En una sola casa de préstamos se hicieron más de 250 empeños, de ellos 90 por valor de... ¡una peseta! La mayor parte de los objetos empeñados son blusas, camisas y sábanas.»

Es decir, lo que más se necesita para contrarrestar el frío en este mes de Diciembre, que los frailes y los curas soportan con buenas prendas, buenas magras y buen vino.

Verdad, que en cambio, no tienen la satisfacción de trabajar.

Y váyase lo uno por lo otro.—1885.

¡Estoy encantado con algunos de mis correligionarios! ¡Qué tenaces, qué bravos!...

Con motivo de mi proposición para que nos reunamos en Asamblea y nombremos un hombre que nos represente y dirija, resucitan agrupaciones putrefactas, aprestándose activos á volver por sus santas tradiciones, á quitar las telarañas á sus enmohecidos principios, á levantar en alto las gloriosas banderas que sirvieron tan admirablemente á nuestra desunión, y que, polvorientas y desgarradas, guardaban en los camarachones del olvido.

Y al verlos dispuestos á emular heroicidades legendarias antes que acceder á lo que propongo, acude á mi memoria el recuerdo de los numantinos, y exclamo en un rapto de admiración:

«¡Cómo se repiten los hechos en la historia! A través de los siglos se dan la mano los corazones indomables, las almas férreas! Los numantinos y los progresistas son gigantes salidos del mismo bloque! En todo se parecen, menos en este detalle insignificante:

Los numantinos murieron por no entregarse.

Los progresistas no se entregan por seguir viviendo.—1902.

Dice *La Unión Católica* que en el partido conservador son muy pocos los que necesitan del presupuesto.

Claro. Como que han robado mucho, á pesar de haber heredado los bienes del clero que sus padres compraron.—1890.

La señora Pardo Bazán presenció la ejecución de Higinia Balaguer con propósito de hacer un estudio detenido para una novela en preparación.

Quisiera que me dijese los que defienden ese acto en nombre del naturalismo, cómo se las arreglaría la novelista si tuviera que pintar en alguna de sus obras una escena de adulterio.—1890.

Caso de profanación y de negocio.

En el cementerio católico de Salamanca, y en la sepultura marcada con el número 118, se han hecho dos inhumaciones en *once días*.

El fiscal de la Audiencia lo sabe, porque se le ha dicho, y no lo ha denunciado, acaso por suponer que el hecho es lógico.

Transformada en *negocio* la obra de misericordia que manda enterrar los muertos, la Iglesia procura sacar el mejor partido del negocio.

Y el negocio no tiene entrañas.—1902.

Un frailuco ha escrito en *El Eco Franciscano*:

«¿Quieres decirme, zagal garrido, si en este valle, naciendo el sol, viste á la hermosa Virgen María que fatigado buscando voy?»

Prescindiendo de que no ha hecho más que sustituir *Flérida mía*, por *Virgen María* en esa estrofa de Moratín, ¿quiere decirme el padre ese para qué buscaba á la Virgen tan de mañana en el valle?

¡Tienen tales mañas los malditos!...—1896.

En la actualidad hay vacantes, según cálculos de un ministerial, cinco toisones, veintisiete senadurías vitalicias, ocho arzobispados y obispados, y treinta y dos dignidades eclesiásticas.

Y dignidades personales, más aún. Como que apenas hay cubierta alguna vacante que otra.—1883.

Entre católicos. Habla *El Cabecilla*, semanario carlista:

«*El Siglo Futuro*, ese papelote del *integrismo*, grosero libelucho de todas las herejías, órgano de todas las concupiscencias, muestrario de bajas y soeces pasiones, y cloaca pública, donde derraman sus vomitonas anticatólicas y anticarlistas rabiosas y cismáticas, neos y liberales, dice en su número del miércoles último «que con los desechos de *La Fe* se amasan todas las tabernarias ignominias de *El Cabecilla*.»

El oír misa, confesar y comulgar prepara piadosamente el espíritu para estas procaces y desvergonzadas expansiones de la fe.—1885.

El P. Mon censuró á las señoras que habían hecho regalos á un cómico, y ahora acepta él los regalos que le hacen esas mismas señoras.

Entre cómicos anda el juego.—1884.

En juicio oral y público se ha visto ante la Audiencia de lo criminal de Tarragona una causa seguida á un individuo por hurto de siete garrafas, justipreciadas en... ¡¡tres céntimos!!!

Horroriza pensar que haya seres tan malvados que cometan á sangre fría crímenes tan espantosos.—1884.